

The Man that Corrupted Hadleyburg

by

Mark Twain

EL HOMBRE QUE CORROMPIÓ A UNA CIUDAD

de

Mark Twain

Prepared by by David Price ccx074@coventry.ac.uk

traducción sin acreditar
Espasa-Calpe,
Madrid, 1947, 1967.

10
I

It was many years ago. Hadleyburg was the most honest and upright town in all the region round about. It had kept that reputation unsmirched during three generations, and was prouder of it than of any other of its possessions. It was so proud of it, and so anxious to insure its perpetuation, that it began to teach the principles of honest dealing to its babies in the cradle, and made the like teachings the staple of their culture thenceforward through all the years devoted to their education. Also, throughout the formative years temptations were kept out of the way of the young people, so that their honesty could have every chance to harden and solidify, and become a part of their very bone. The neighbouring towns were jealous of this honourable supremacy, and affected to sneer at Hadleyburg's pride in it and call it vanity; but all the same they were obliged to acknowledge that Hadleyburg was in reality an incorruptible town; and if pressed they would also acknowledge that the mere fact that a young man hailed from Hadleyburg was all the recommendation he needed when he went forth from his natal town to seek for responsible employment.

But at last, in the drift of time, Hadleyburg had the ill luck to offend a passing stranger—possibly without knowing it, certainly without caring, for Hadleyburg was sufficient unto itself, and cared not a rap for strangers or their opinions. Still, it would have been well to make an exception in this one's case, for he was a bitter man, and revengeful. All through his wanderings during a whole year he kept his injury in mind, and gave all his leisure moments to trying to invent a compensating satisfaction for it. He contrived many plans, and all of them were good, but none of them was quite sweeping enough: the poorest of them would hurt a great many individuals, but what he wanted was a plan which would comprehend the entire town, and not let so much as one person escape unhurt. At last he had a fortunate idea, and when it fell into his brain it lit up his whole head with an evil joy. He began to form a plan at once, saying to himself "That is the thing to do—I will corrupt the town."

Six months later he went to Hadleyburg, and arrived in a buggy at the house of the old cashier of the bank about ten at night. He got a sack out of the buggy,

Sucedió hace muchos años. Hadleyburg era la ciudad más honrada y austera de toda la región. Había conservado immaculada esta reputación por espacio de tres generaciones y esto la enorgullecía más que otro cualquiera de sus bienes. Tanto le enorgullecía y tan ansiosa se sentía de asegurar su perpetuación, que comenzaba a enseñarles los principios de la honestidad en la conducta a sus niños desde la cuna y hacía de tales enseñanzas los pilares de su cultura a partir de entonces, durante el transcurso de los años dedicados a su educación. Asimismo, mientras duraba su formación, se apartaban las tentaciones del camino de la gente joven, para que su honradez tuviese todas las probabilidades de endurecerse y solidificarse y se convirtiera en parte integrante de sus mismos huesos. Las ciudades vecinas estaban celosas de esta honrosa supremacía y simulaban burlarse del orgullo de Hadleyburg y lo llamaban vanidad: pero de cualquier manera, se veían obligadas a reconocer que Hadleyburg era realmente una ciudad incorruptible, y si se las apremiaba, reconocían también que el hecho de [10] que un joven procediera de Hadleyburg era una recomendación suficiente cuando se iba de su ciudad natal en busca de un empleo responsable.

Mas, finalmente, con el correr del tiempo, Hadleyburg tuvo la mala suerte de ofender a un forastero que estaba allí de paso: quizá sin saberlo, ciertamente sin quererlo, ya que Hadleyburg se bastaba a sí misma y le importaban un rábano los forasteros o sus opiniones. Con todo, le habría convenido hacer una excepción en aquel único caso, porque se trataba de un hombre cruel y vengativo. Durante un año, mientras se entregaba a sus vagabundeos, éste recordó constantemente el agravio y consagró sus momentos de ocio a la tarea de inventarle una compensación satisfactoria. Urdió muchos planes y todos le parecieron buenos, pero ninguno lo bastante amplio: el más modesto afectaba a muchísimos individuos, mas lo que él quería era un plan que abarcarse a la ciudad entera y que ni una sola persona dejase de ser alcanzada por él. Finalmente tuvo una idea afortunada, y cuando ésta penetró en su cerebro, iluminó su cabeza de maligna alegría. Inmediatamente comenzó a maquinarse un plan, diciéndose: «Eso es lo que debo hacer: corromperé a la ciudad.»

A los seis meses fue a Hadleyburg y llegó en un carricoche a la casa del viejo cajero del Banco, alrededor de las diez de la noche. Sacó del carricoche una talega, se la echó

shouldered it, and staggered with it through the cottage yard, and knocked at the door. A woman's voice said "Come in," and he entered, and set his sack behind the stove in the parlour, saying politely to the old lady who sat reading the "Missionary Herald" by the lamp:

"Pray keep your seat, madam, I will not disturb you. There—now it is pretty well concealed; one would hardly know it was there. Can I see your husband a moment, madam?"

No, he was gone to Brixton, and might not return before morning.

"Very well, madam, it is no matter. I merely wanted to leave that sack in his care, to be delivered to the rightful owner when he shall be found. I am a stranger; he does not know me; I am merely passing through the town tonight to discharge a matter which has been long in my mind. My errand is now completed, and I go pleased and a little proud, and you will never see me again. There is a paper attached to the sack which will explain everything. Good-night, madam."

The old lady was afraid of the mysterious big stranger, and was glad to see him go. But her curiosity was roused, and she went straight to the sack and brought away the paper. It began as follows:

"TO BE PUBLISHED, or, the right man sought out by private inquiry— either will answer. This sack contains gold coin weighing a hundred and sixty pounds four ounces—"

"Mercy on us, and the door not locked!"

Mrs. Richards flew to it all in a tremble and locked it, then pulled down the window-shades and stood frightened, worried, and wondering if there was anything else she could do toward making herself and the money more safe. She listened awhile for burglars, then surrendered to curiosity, and went back to the lamp and finished reading the paper:

"I am a foreigner, and am presently going back to my own country, to remain there permanently. I am grateful to America for what I have received at her hands during my long stay under her flag; and to one of her citizens—a citizen of Hadleyburg—I am especially grateful for a great kindness done me a year or two ago. Two great kindnesses in fact. I will explain. I was a gambler. I say I WAS. I was a ruined gambler. I arrived in this village at night, hungry and without a penny. I asked for help—in the dark; I was ashamed to beg in the light. I begged of the right man. He gave me twenty dollars—that is to say, he gave me life, as I considered it. He also

al hombro y después de haber atravesado tambaleándose el patio de la casita, llamó a la puerta. Una voz de mujer le dijo entre y el forastero entró y dejó su talega detrás de la estufa en la sala de recibo, diciéndole cortésmente a la anciana dama que leía *El Herald del Misionero* a la luz de la lámpara:

—Le ruego que no se levante, señora. No la molestaré. Eso es... Ahora la talega está bien oculta. Difícilmente se sospecharía que está ahí. ¿Puedo ver a su marido un momento?

—No, el cajero se ha marchado a Brixton y posiblemente no regresará hasta mañana.

—Perfectamente, señora. Tanto da. Yo deseaba tan sólo dejar al cuidado de su marido la talega, para que se la entregue a su legítimo dueño cuando le encuentre. Soy forastero; su marido no me conoce: esta noche me encuentro simplemente de paso en esta ciudad para liberarme de algo que asedia mi espíritu desde hace mucho tiempo. Mi misión se halla concluida ahora y me voy satisfecho y algo orgulloso y usted nunca volverá a verme. Un papel atado a la talega lo explica todo. Buenas noches, señora.

A la anciana señora le inspiraba temor el corpulento y misterioso forastero y se alegró de que se marchara. Pero aquello había excitado su curiosidad y fue en derechura hacia la talega y tomó el papel. Empezaba con las siguientes palabras:

«PARA SER PUBLICADO: o para que el hombre que corresponde sea hallado mediante la investigación privada. Cualquiera de esos métodos servirá. Esta talega contiene monedas de oro con un peso total de ciento sesenta libras cuatro onzas...»

— ¡Dios misericordioso! ¡Y la puerta no está cerrada con llave!

La señora Richards voló temblando hacia la puerta y la cerró con llave; luego bajó las cortinas de la ventana y se detuvo asustada, inquieta y preguntándose si podía hacer alguna otra [12] cosa para mayor seguridad propia y del dinero. Escuchó un poco por si rondaban ladrones; luego se rindió a la curiosidad y volvió la lámpara y terminó de leer el papel:

»Soy forastero y vuelvo muy pronto a mi país, para quedarme allí definitivamente. Estoy agradecido a los Estados Unidos por lo que he recibido de sus manos durante mi larga permanencia bajo su bandera: y, particularmente, le estoy agradecido a uno de sus ciudadanos —un ciudadano de Hadleyburg— por un gran favor que me hizo hace un par de años. Dos grandes favores, en realidad. Me explicaré. Yo era un jugador. Digo que lo era. Un jugador arruinado. Cierta noche llegué a esta ciudad enfermo y sin un penique. Pedí ayuda en la oscuridad: me avergonzaba mendigar a la luz del día. Acerté al pedir limosna: aquel hombre me dio veinte dólares, mejor dicho, me dio la vida, ya que así encaro el

gave me fortune; for out of that money I have made myself rich at the gaming-table. And finally, a remark which he made to me has remained with me to this day, and has at last conquered me; and in conquering has saved the remnant of my morals: I shall gamble no more. Now I have no idea who that man was, but I want him found, and I want him to have this money, to give away, throw away, or keep, as he pleases. It is merely my way of testifying my gratitude to him. If I could stay, I would find him myself; but no matter, he will be found. This is an honest town, an incorruptible town, and I know I can trust it without fear. This man can be identified by the remark which he made to me; I feel persuaded that he will remember it.

“And now my plan is this: If you prefer to conduct the inquiry privately, do so. Tell the contents of this present writing to any one who is likely to be the right man. If he shall answer, ‘I am the man; the remark I made was so-and-so,’ apply the test—to wit: open the sack, and in it you will find a sealed envelope containing that remark. If the remark mentioned by the candidate tallies with it, give him the money, and ask no further questions, for he is certainly the right man.

“But if you shall prefer a public inquiry, then publish this present writing in the local paper—with these instructions added, to wit: Thirty days from now, let the candidate appear at the town-hall at eight in the evening (Friday), and hand his remark, in a sealed envelope, to the Rev. Mr. Burgess (if he will be kind enough to act); and let Mr. Burgess there and then destroy the seals of the sack, open it, and see if the remark is correct: if correct, let the money be delivered, with my sincere gratitude, to my benefactor thus identified.”

Mrs. Richards sat down, gently quivering with excitement, and was soon lost in thinkings—after this pattern: “What a strange thing it is! . . . And what a fortune for that kind man who set his bread afloat upon the waters! . . . If it had only been my husband that did it!—for we are so poor, so old and poor! . . .” Then, with a sigh—”But it was not my Edward; no, it was not he that gave a stranger twenty dollars. It is a pity too; I see it now. . . .” Then, with a shudder—”But it is GAMBLERS’ money! the wages of sin; we couldn’t take it; we couldn’t touch it. I don’t like to be near it; it seems a **defilement**.” She moved to a farther chair. . . . “I wish Edward would come, and take it to the bank; a burglar might come at any moment; it is dreadful to be here all alone with it.”

At eleven Mr. Richards arrived, and while his

asunto. También me dio la fortuna: porque merced a ese dinero me volví rico en la mesa de juego. Y, finalmente, una observación que me hizo no me ha abandonado desde entonces y me ha dominado en definitiva: y al dominarme ha salvado los restos de mi moral. No jugaré más. Ahora bien... No tengo la menor idea de quién era ese hombre, pero quiero encontrarle y darle este dinero para que lo regale, lo tire o se lo guarde, como prefiera. Esta es, simplemente, mi manera de probarle mi gratitud. Si pudiese quedarme, lo buscaría yo mismo: pero no importa, será encontrado. Esta es una ciudad honrada, una ciudad incorruptible y se puede confiar en ella sin temor. Ese nombre puede ser identificado por la observación que me hizo: estoy seguro de que él la recordará.

15

Y, ahora, mi plan es éste: si usted prefiere realizar la averiguación en forma privada, hágalo. Diga el contenido de este papel a cuantos tengan apariencias de ser el hombre buscado. Si contesta «Yo soy el hombre: la observación que hice fue la siguiente», ponga en práctica la prueba, o sea, abra la talega y encontrará en ella un sobre sellado que contiene la observación. Si la observación mencionada por el candidato coincide con ésta, déle el dinero y no le formule más preguntas, porque se trata sin duda del hombre buscado.

25

Pero si prefiere una averiguación pública, publique el contenido de este papel en el periódico local, agregando las siguientes instrucciones: En el plazo de treinta días el candidato debe, comparecer en el Ayuntamiento a las ocho de la noche (el jueves), entregar su observación, en sobre cerrado, el reverendo señor Burgess (si éste tiene la bondad de intervenir) y dejar que el señor Burgess rompa en el acto los sellos de la talega, la abra y compruebe si la observación es correcta. Si lo es, deberá entregársele el dinero, con mi sincera gratitud, a mi benefactor, así identificado.»

La señora Richards se sentó, con un dulce temblor de excitación y quedó prontamente abismada en sus pensamientos, pensamientos de este tipo:

«¡Qué extraño es esto! ... ¡Y qué fortuna para ese hombre bueno que dejó a la deriva su pan sobre las aguas! ... ¡Si hubiese sido mi marido quien lo hizo! ¡Porque somos tan pobres! ¡Tan viejos y tan pobres...!

Luego, con un suspiro, meditó:

«Pero no fue mi Eduardo: no, no fue él quien le dio veinte dólares a un desconocido. Es una lástima, por lo demás. Ahora lo comprendo...»

[14] Y, estremeciéndose, concluyó sus reflexiones:

«Pero es el dinero del *jugador*... ¡Las ganancias del pecado! No podríamos tomarlo. No podríamos tocarlo. No me gusta estar cerca de él: parece una profanación.»

La señora Richards se trasladó a un sillón más lejano...

«Ojalá viniese Eduardo y se llevara esto al banco. En cualquier momento podría venir un ladrón. Es horrible estar aquí a solas con el dinero.»

A las once llegó el señor Richards y mientras su esposa

wife was saying “I am SO glad you’ve come!” he was saying, “I am so tired—tired clear out; it is dreadful to be poor, and have to make these dismal journeys at my time of life. Always at the grind, grind, grind, on a salary—another man’s slave, and he sitting at home in his slippers, rich and comfortable.”

“I am so sorry for you, Edward, you know that; but be **comforted [consoled]**; we have our livelihood; we have our good name—”

“Yes, Mary, and that is everything. Don’t mind my talk—it’s just a moment’s irritation and doesn’t mean anything. Kiss me—there, it’s all gone now, and I am not complaining any more. What have you been getting? What’s in the sack?”

Then his wife told him the great secret. It dazed him for a moment; then he said:

“It weighs a hundred and sixty pounds? Why, Mary, it’s for-ty thou- sand dollars—think of it—a whole fortune! Not ten men in this village are worth that much. Give me the paper.”

He skimmed through it and said:

“Isn’t it an adventure! Why, it’s a romance; it’s like the impossible things one reads about in books, and never sees in life.” He was well stirred up now; cheerful, even gleeful. He tapped his old wife on the cheek, and said humorously, “Why, we’re rich, Mary, rich; all we’ve got to do is to bury the money and burn the papers. If the gambler ever comes to inquire, we’ll merely look coldly upon him and say: ‘What is this nonsense you are talking? We have never heard of you and your sack of gold before;’ and then he would look foolish, and—”

“And in the meantime, while you are running on with your jokes, the money is still here, and it is fast getting along toward burglar- time.”

“True. Very well, what shall we do—make the inquiry private? No, not that; it would spoil the romance. The public method is better. Think what a noise it will make! And it will make all the other towns jealous; for no stranger would trust such a thing to any town but Hadleyburg, and they know it. It’s a great card for us. I must get to the printing-office now, or I shall be too late.”

“But stop—stop—don’t leave me here alone with it, Edward!”

But he was gone. For only a little while, however. Not far from his own house he met the editor—proprietor

decía: «¡Cuánto me alegro de que hayas venido! », él manifestaba: «Estoy cansado, cansadísimo. Es terrible ser pobre y tener que hacer tan tristes jornadas a esta altura de la vida. Siempre en la noria, en la noria, en la noria..., por un sueldo..., como esclavo de otro hombre que está sentado tranquilamente en su casa en pantuflas, rico y cómodo.»

—Lo siento tanto por ti, Eduardo... Bien lo sabes. Pero consuélate. Tenemos nuestro sustento, nuestra buena reputación...

—Sí, Mary. Y eso es lo fundamental. No hagas caso de mis palabras: sólo ha sido un momento de irritación y no significa nada. Bésame... Eso es. Todo ha pasado ahora y ya no me quejo. ¿Qué has traído ahí? ¿Qué hay en la talega?

Entonces su esposa le dijo el gran secreto. este aturdió a Richards durante un momento. Luego dijo:

—¿Eso pesa ciento sesenta libras? Pero Mary... ¡Entonces contiene cuarenta mil dólares! ¡Imagínate! ¡Toda una fortuna! Ni diez hombres de esta ciudad poseen tanto. Dame el papel.

Lo examinó superficialmente y dijo:

—¡Qué aventura! En realidad parece una novela: una de las cosas imposibles que se leen en los libros y nunca se ven en la vida.

Ahora se sentía excitado, lleno de animación, hasta alegre. Le dio a su vieja esposa una palmadita en la mejilla y dijo, jovialmente:

—Pero si somos ricos, Mary... Nos bastará con enterrar el dinero y quemar los papeles. Si algún día viene el jugador a averiguar, nos limitaremos a mirarlo con frialdad y le diremos: «¿Qué tontería nos está diciendo? Nunca hemos oído hablar de usted ni de su talega de oro.» Y entonces, el hombre se nos quedará mirando con aire estúpido y...

—Y, mientras bromeas, el dinero sigue aquí y se aproxima rápidamente la hora de los ladrones.

—Es cierto. Perfectamente... ¿Qué hacemos? ¿La averiguación privada? No, eso no: estropearía la novela. El método público es mejor. ¡Imagínate el ruido que hará! Y les dará celos a las demás ciudades: porque ningún forastero le confiaría semejante encargo a una ciudad que no fuese Hadleyburg, y ellas lo saben. ¡Qué propaganda para Hadleyburg! Ahora me tengo que ir a la imprenta o llegaré tarde.

—Detente, detente... ¡No me dejes sola aquí con esto, Eduardo!

Pero el señor Richards se había marchado. Aunque por poco tiempo. Cerca de su casa se encontró con el editor-

of the paper, and gave him the document, and said
“Here is a good thing for you, Cox—put it in.”

“It may be too late, Mr. Richards, but I’ll see.”

At home again, he and his wife sat down to talk the charming mystery over; they were in no condition for sleep. The first question was, Who could the citizen have been who gave the stranger the twenty dollars? It seemed a simple one; both answered it in the same breath -

“Barclay Goodson.”

“Yes,” said Richards, “he could have done it, and it would have been like him, but there’s not another in the town.”

“Everybody will grant that, Edward—grant it privately, anyway. For six months, now, the village has been its own proper self once more- -honest, narrow, self-righteous, and **stingy [mean].**”

“It is what he always called it, to the day of his death—said it right out publicly, too.”

“Yes, and he was hated for it.”

“Oh, of course; but he didn’t care. I reckon he was the best-hated man among us, except the Reverend Burgess.”

“Well, Burgess deserves it—he will never get another congregation here. Mean as the town is, it knows how to estimate HIM. Edward, doesn’t it seem odd that the stranger should appoint Burgess to deliver the money?”

“Well, yes—it does. That is—that is—”

“Why so much that-IS-ing? Would YOU select him?”

“Mary, maybe the stranger knows him better than this village does.”

“Much THAT would help Burgess!”

The husband seemed perplexed for an answer; the wife kept a steady eye upon him, and waited. Finally Richards said, with the hesitancy of one who is making a statement which is likely to encounter doubt,

“Mary, Burgess is not a bad man.”

His wife was certainly surprised.

“Nonsense!” she exclaimed.

propietario del periódico, le dio el documento y le dijo:
—Aquí tiene algo bueno, Cox... Publíquelo.

—Quizá sea demasiado tarde, señor Richards, pero lo intentaré.

De regreso a su casa, el cajero y su esposa se sentaron para volver a conversar sobre el seductor [16] misterio: no estaban con ánimo de dormir. La primera interrogante era: ¿Quién sería el ciudadano que le había dado los veinte dólares al forastero? La respuesta parecía sencilla: ambos contestaron, al unísono:

—Barclay Goodson.

—Sí —dijo Richards—. Puede haber sido Barclay, y habría sido muy propio de él: no hay otro hombre semejante en la ciudad.

—Todos admitirán eso, Eduardo. Lo admitirán, en privado al menos. Hace seis meses ya que la ciudad ha vuelto a ser la de siempre: honrada, mezquina, austera y tacaña.

—Así la llamó siempre Barclay hasta el día de su muerte: y lo dijo en público, también.

—Sí; y lo aborrecieron por eso.

—Oh... Desde luego. Pero no le importó. Creo que fue el hombre más odiado de la ciudad, a excepción del reverendo Burgess.

—Bueno, Burgess se lo merece. Jamás volverá a tener aquí una congregación de fieles. Por mezquina que sea la ciudad, sabe *estimarle*. Eduardo... ¿no te parece extraño que el desconocido haya designado a Burgess para entregar el dinero?

—Sí. Me parece extraño... Es decir...

—¿Es decir... qué? ¿Le elegirías tú?

—Mary, quizá el forastero conozca a Burgess mejor que nuestra ciudad.

—¡De mucho le serviría *eso* a Burgess!

—El marido pareció perplejo al buscar una réplica: la esposa lo miró fijamente, esperando. Por fin, Richards dijo, con la vacilación de quien hace una declaración probablemente dudosa:

—Mary, Burgess no es un mal hombre.

Su esposa se sintió sorprendida.

—¡Tonterías! —exclamó.

“He is not a bad man. I know. The whole of his unpopularity had its foundation in that one thing—the thing that made so much noise.”

—Burgess no es un mal hombre. Lo sé. Toda su impopularidad se funda en aquel solo hecho... que causó tanto alboroto.

“That ‘one thing,’ indeed! As if that ‘one thing’ wasn’t enough, all by itself.”

—¡Aquel «solo hecho»! ¡Vaya! ¡Como si ese «solo hecho» no bastara por sí mismo!

“Plenty. Plenty. Only he wasn’t guilty of it.”

—Bastaba, bastaba. Pero Burgess no tenía la culpa.

“How you talk! Not guilty of it! Everybody knows he WAS guilty.”

—¡Qué ocurrencia! ¿Que no tenía la culpa? Todos saben que *sí* la tenía.

“Mary, I give you my word—he was innocent.”

—Mary, te doy mi palabra... de que es inocente.

“I can’t believe it and I don’t. How do you know?”

—No puedo creerlo y no lo creo. ¿Cómo lo sabes?

“It is a confession. I am ashamed, but I will make it. I was the only man who knew he was innocent. I could have saved him, and— and—well, you know how the town was **wrought** up—I hadn’t the pluck to do it. It would have turned everybody against me. I felt mean, ever so mean; ut I didn’t dare; I hadn’t the manliness to face that.”

—Es una confesión. Me avergüenza hacerla, pero la haré. Soy el único hombre que sabía inocente a Burgess. Pude haberle salvado y... y... bueno, ya sabes qué excitada estaba la ciudad. No tuve el coraje de hacerlo. Todos se habrían vuelto contra mí. Me sentí despreciable, tan despreciable... Pero no me atreví. No tuve la hombría necesaria para hacerlo.

Mary looked troubled, and for a while was silent. Then she said stammeringly:

—Mary parecía turbada y calló durante un rato. Luego dijo, tartamudeando:

“I—I don’t think it would have done for you to—to—One mustn’t— er—public opinion—one has to be so careful —so—” It was a difficult road, and she got mired; but after a little she got started again. “It was a great pity, but— Why, we couldn’t afford it, Edward—we couldn’t indeed. Oh, I wouldn’t have had you do it for anything!”

—Yo..., yo no creo que te hubiese convenido decir que... que... No se debe... desafiar a la opinión pública... Es necesario ser muy cuidadoso..., muy... —El camino era difícil y la señora Richards se enlodó al recorrerlo, mas a poco reanudó el recorrido.

—Fue una lástima, pero... No podíamos permitirnos eso, Eduardo... En verdad que no podíamos. ¡Oh, yo no te habría dejado hacerlo en ningún caso!

“It would have lost us the good-will of so many people, Mary; and then—and then—”

—[19]—Nos habría enajenado la buena voluntad de tanta gente, Mary... Y además... y además...

“What troubles me now is, what HE thinks of us, Edward.”

—Lo que me preocupa ahora es saber qué piensa *él* de nosotros, Eduardo.

“He? HE doesn’t suspect that I could have saved him.”

—¿El? *El* no sospecha que yo pude haberle salvado.

“Oh,” exclaimed the wife, in a tone of relief, “I am glad of that. As long as he doesn’t know that you could have saved him, he—he— well that makes it a great deal better. Why, I might have known he didn’t know, because he is always trying to be friendly with us, as little encouragement as we give him. More than once people have twitted me with it. There’s the Wilsons, and the Wilcoxes, and the Harknesses, they take a mean pleasure in saying ‘YOUR FRIEND Burgess,’ because they know it pesters me. I wish he wouldn’t persist in liking us so; I can’t think why he keeps it up.”

—¡Ah! —exclamó la esposa, con tono de alivio—. ¡Cuánto me alegra saberlo! Mientras no sepa que pudiste haberle salvado, él... él... Bueno, eso mejora mucho las cosas. Debí adivinar que Burgess lo ignoraba, porque trata de mostrarse siempre cordial con nosotros, a pesar de lo poco que le alentamos. La gente me lo ha reprochado más de una vez. Los Wilson, los Wilcox y los Harkness sienten un mezquino placer al decir «*Vuestro amigo* Burgess», porque saben que eso me irrita. Preferiría que Burgess no insistiese en su simpatía por nosotros. No sé por qué insiste.

“I can explain it. It’s another confession. When the

—Puedo explicártelo. Se trata de otra confesión.

thing was new and hot, and the town made a plan to ride him on a rail, my conscience hurt me so that I couldn't stand it, and I went privately and gave him notice, and he got out of the town and stayed out till it was safe to come back."

"Edward! If the town had found it out—"

"DON'T! It scares me yet, to think of it. I repented of it the minute it was done; and I was even afraid to tell you lest your face might betray it to somebody. I didn't sleep any that night, for worrying. But after a few days I saw that no one was going to suspect me, and after that I got to feeling glad I did it. And I feel glad yet, Mary—glad through and through."

"So do I, now, for it would have been a dreadful way to treat him. Yes, I'm glad; for really you did owe him that, you know. But, Edward, suppose it should come out yet, some day!"

"It won't."

"Why?"

"Because everybody thinks it was Goodson."

"Of course they would!"

"Certainly. And of course HE didn't care. They persuaded poor old Sawlsberry to go and charge it on him, and he went blustering over there and did it. Goodson looked him over, like as if he was hunting for a place on him that he could despise the most; then he says, 'So you are the Committee of Inquiry, are you?' Sawlsberry said that was about what he was. 'H'm. Do they require particulars, or do you reckon a kind of a GENERAL answer will do?' 'If they require particulars, I will come back, Mr. Goodson; I will take the general answer first.' 'Very well, then, tell them to go to hell—I reckon that's general enough. And I'll give you some advice, Sawlsberry; when you come back for the particulars, fetch a basket to carry what is left of yourself home in.'"

"Just like Goodson; it's got all the marks. He had only one vanity; he thought he could give advice better than any other person."

"It settled the business, and saved us, Mary. The subject was dropped."

"Bless you, I'm not doubting THAT."

Then they took up the gold-sack mystery again, with strong interest. Soon the conversation began to suffer breaks—interruptions caused by absorbed thinkings. The breaks grew more and more frequent. At last Richards lost himself wholly in thought. He

Quando el asunto aún estaba fresco y la ciudad proyectaba expulsarle, la conciencia me afligía tanto que no pude soportarlo y fui a verle a escondidas y le avisé y él se quedó fuera de la ciudad hasta que pudo volver sin peligro.

—¡Eduardo! Si la gente lo hubiese sabido...

—¡No digas eso! Aún me asusta pensarlo. Me arrepentí apenas lo he hecho: y hasta temí decírtelo, creyendo que tu rostro podía revelárselo a alguien. Aquella noche la inquietud no me dejó dormir. Pero a los pocos días advertí que nadie sospechaba de mí y entonces me alegré de haberlo hecho. Y me siento satisfecho aún, Mary... Muy satisfecho.

—También yo ahora, porque habría sido espantoso que le hicieran eso a Burgess. Sí. Me alegro. Porque, en rigor, se lo debías. Pero... ¿y si se descubriera algún día, Eduardo?

—No se descubrirá.

—¿Por qué?

—Porque todos creen que fue Goodson.

—¡Naturalmente que lo creen!

—En efecto. Y desde luego a Goodson no le importaba. Convencieron al pobre viejo Sawlsberry para que le echara la culpa, y fue con aire fanfarrón y lo hizo. Goodson le miró de arriba abajo, como si buscara en él un sitio que pudiera despreciar más que a los otros y le dijo: «¿De modo que usted es el Comité de Investigaciones?... ¿no?» Sawlsberry dijo que él era eso, poco más o menos.. «Hum. ¿Necesitan detalles o supone usted que bastará con una respuesta de carácter *general*?» «Si necesitan detalles, volveré, señor Goodson: primero aceptaré una respuesta general.» «Perfectamente. Entonces dígales que se vayan al infierno. Creo que eso es bastante general. Y le daré un consejo, Sawlsberry: cuando venga en busca de detalles traiga una cesta para llevarse a casa sus propios restos.»

—Eso, es muy propio de Goodson. Tiene todas sus características. Sólo tenía un motivo de vanidad: creía poder dar un consejo mejor que cualquiera otra persona.

—Eso liquidó el asunto y nos salvó, Mary. Ya no se volvió a tocar el tema.

—Bendito sea... No dudo *de eso*.

—Luego los Richards volvieron a abordar el misterio de la talega, con acentuado interés. Pronto la conversación comenzó a sufrir interrupciones, intervalos causados por abstraídos pensamientos. Los intervalos se volvieron cada vez más frecuentes. Por fin Richards se abismó totalmente [20]

sat long, gazing vacantly at the floor, and by-and-by he began to punctuate his thoughts with little nervous movements of his hands that seemed to indicate vexation. Meantime his wife too had relapsed into a thoughtful silence, and her movements were beginning to show a troubled discomfort. Finally Richards got up and strode aimlessly about the room, ploughing his hands through his hair, much as a somnambulist might do who was having a bad dream. Then he seemed to arrive at a definite purpose; and without a word he put on his hat and passed quickly out of the house. His wife sat brooding, with a drawn face, and did not seem to be aware that she was alone. Now and then she murmured, "Lead us not into t . . . but—but—we are so poor, so poor! . . . Lead us not into . . . Ah, who would be hurt by it?—and no one would ever know . . . Lead us . . ." The voice died out in mumblings. After a little she glanced up and muttered in a half-frightened, half-glad way -

"He is gone! But, oh dear, he may be too late—too late . . . Maybe not—maybe there is still time." She rose and stood thinking, nervously clasping and unclasping her hands. A slight shudder shook her frame, and she said, out of a dry throat, "God forgive me—it's awful to think such things—but . . . Lord, how we are made—how strangely we are made!"

She turned the light low, and slipped stealthily over and knelt down by the sack and felt of its ridgy sides with her hands, and fondled them lovingly; and there was a **gloating** light in her poor old eyes. She fell into fits of absence; and came half out of them at times to mutter "If we had only waited!—oh, if we had only waited a little, and not been in such a hurry!"

Meantime Cox had gone home from his office and told his wife all about the strange thing that had happened, and they had talked it over eagerly, and guessed that the late Goodson was the only man in the town who could have helped a suffering stranger with so noble a sum as twenty dollars. Then there was a pause, and the two became thoughtful and silent. And by-and-by nervous and fidgety. At last the wife said, as if to herself,

"Nobody knows this secret but the Richardses . . . and us . . . nobody."

The husband came out of his thinkings with a slight start, and gazed wistfully at his wife, whose face was become very pale; then he hesitatingly rose, and glanced furtively at his hat, then at his wife—a sort of mute inquiry. Mrs. Cox swallowed once or twice, with her hand at her throat, then in place of speech she nodded her head. In a moment she was alone, and mumbling to herself.

en sus meditaciones. Se quedó sentado, contemplando el piso con aire vago y, poco a poco, empezó a subrayar sus cavilaciones con pequeños movimientos nerviosos de las manos, que parecían revelar irritación. Mientras tanto su esposa había vuelto a sumirse también en caviloso silencio y sus movimientos estaban empezando a revelar un turbado desconsuelo. Finalmente Richards se puso en pie y empezó a pasearse sin objeto por el aposento, pasándose los dedos por entre el cabello, como un sonámbulo que acaba de sufrir una pesadilla. Entonces pareció llegar a un propósito definido; y sin pronunciar una sola palabra se puso el sombrero y salió rápidamente de la casa. Su esposa se quedó sentada cavilando, el rostro contraído, y no pareció advertir que estaba sola. De vez en cuando murmuraba: «No nos empujes a la tent... pero... pero... ¡somos tan pobres! ... No nos empujes a... ¡Oh! ¿A quién le causaría mal eso? Y nadie lo sabría jamás... No nos empujes...» Su voz se esfumó en murmullos. A poco alzó los ojos y murmuró con aire a medias asustado y a medias contento:

—¡Se ha ido! Pero querido... Quizá llegue demasiado tarde... demasiado tarde... Quizá no... Quizá haya tiempo aún. Se levantó y se quedó pensando... enlazando y desenlazando las manos. Un leve temblor estremeció su cuerpo, y dijo con la garganta reseca:

—Que Dios me perdone... Es horrible pensar estas cosas, pero... ¡Dios mío! ¡Cómo estamos hechos! ¡Cuán extraña es nuestra hechura!

Atenuó la luz y se deslizó furtivamente hacia la talega y se arrodilló junto a ella y tanteó sus [21] acanalados costados con las manos y los acarició afectuosamente: y en sus viejos ojos brilló una luz **de deleite**. Tuvo instantes de ausencia mental y emergió de ellos, de tanto en tanto, para murmurar: «¡Si hubiéramos esperado, al menos! ¡Oh, si hubiéramos esperado un poco, sin apurarnos así! »

—Mientras tanto Cox había vuelto a su casa y narrado a su esposa el extraño suceso; ambos lo habían discutido con vehemencia y adivinado que el difunto Goodson era el único hombre de la ciudad capaz de ayudar a un forastero en apuros con una suma tan noble como veinte dólares. Luego hubo una pausa y los dos quedaron pensativos y sumidos en silencio. Y, a intervalos, se mostraban nerviosos e inquietos. Finalmente la esposa dijo, como para sí:

—Nadie conoce este secreto fuera de los Richardses... y nosotros... Nadie.

—El marido salió de su ensimismamiento con leve sobresalto y contempló con aire meditativo a su mujer, cuyo rostro se había vuelto muy pálido. Luego se levantó titubeando y miró furtivamente a su sombrero y después a su esposa..., una suerte de muda interrogante. La señora Cox tragó saliva un par de veces, la mano sobre la garganta y, en vez de hablar, hizo un gesto de asentimiento. Un momento más y se quedó sola y murmurando para sí.

And now Richards and Cox were hurrying through the deserted streets, from opposite directions. They met, panting, at the foot of the printing-office stairs; by the night-light there they read each other's face. Cox whispered:

"Nobody knows about this but us?"

The whispered answer was:

"Not a soul—on honour, not a soul!"

"If it isn't too late to—"

The men were starting up-stairs; at this moment they were overtaken by a boy, and Cox asked,

"Is that you, Johnny?"

"Yes, sir."

"You needn't ship the early mail—nor ANY mail; wait till I tell you."

"It's already gone, sir."

"GONE?" It had the sound of an unspeakable disappointment in it.

"Yes, sir. Time-table for Brixton and all the towns beyond changed to-day, sir—had to get the papers in twenty minutes earlier than common. I had to rush; if I had been two minutes later—"

The men turned and walked slowly away, not waiting to hear the rest. Neither of them spoke during ten minutes; then Cox said, in a vexed tone,

"What possessed you to be in such a hurry, I can't make out."

The answer was humble enough:

"I see it now, but somehow I never thought, you know, until it was too late. But the next time—"

"Next time be hanged! It won't come in a thousand years."

Then the friends separated without a good-night, and dragged themselves home with the gait of mortally stricken men. At their homes their wives sprang up with an eager "Well?"—then saw the answer with their eyes and sank down sorrowing, without waiting for it to come in words. In both houses a discussion followed of a heated sort—a new thing; there had been discussions before, but not heated ones, not ungentle ones. The discussions

—Ahora Richards y Cox recorrían presurosamente las calles desiertas, desde direcciones contrarias. Se encontraron, jadeantes, al pie de la escalera de la imprenta: bajo el resplandor de la luz artificial leyeron allí mutuamente sus rostros. Cox murmuró:

—¿Nadie sabe esto fuera de nosotros?

—[22] La susurrada respuesta fue:

—¡Ni un alma..., palabra! ¡Ni un alma!

—Si no es demasiado tarde para...

—Ambos empezaron a subir por la escalera; en ese momento les alcanzó un niño y Cox preguntó:

—¿Eres tú, Johnny?

—Sí, señor.

—No hace falta que envíes el primer correo... ni *ningún* correo: espera a que yo te diga.

—El correo ha sido despachado ya, señor.

—¿Despachado?

En esta palabra se percibía una indeleble decepción.

—Sí, señor. El horario para Bixton y las ciudades que la siguen cambió hoy, señor... y fue necesario enviar el correo veinte minutos antes de lo usual. Tuve que apurarme: de haberme demorado dos minutos...

—Los dos hombres se volvieron y se alejaron lentamente, sin esperar el resto. Ninguno habló durante diez minutos: luego Cox dijo con tono irritado:

—No comprendo por qué se apresuró usted tanto, Richards.

—La respuesta fue bastante humilde:

—Lo advierto ahora, pero no sé por qué, no lo advertí hasta que fue demasiado tarde.

—La próxima vez... Al diablo la próxima vez! No se presentará en el curso de mil años.

Los amigos se separaron sin darse las buenas noches y se dirigieron a sus casas con arrastrado andar de hombres mortalmente heridos. Al llegar a sus hogares, sus esposas se levantaron de un salto con un ansioso: «¿Y qué?» Luego leyeron la respuesta en los ojos de sus maridos y se desplomaron sobre sus sillones llenas de pena, sin esperar a que se le dijeran con palabras. En ambas casas siguió una discusión de carácter acalorado, algo nuevo: en otras ocasiones se había discutido, pero sin acaloramiento, sin brusquedad. Esa

to-night were a sort of seeming plagiarisms of each other. Mrs. Richards said:

“If you had only waited, Edward—if you had only stopped to think; but no, you must run straight to the printing-office and spread it all over the world.”

“It SAID publish it.”

“That is nothing; it also said do it privately, if you liked. There, now—is that true, or not?”

“Why, yes—yes, it is true; but when I thought what a stir it would make, and what a compliment it was to Hadleyburg that a stranger should trust it so—”

“Oh, certainly, I know all that; but if you had only stopped to think, you would have seen that you COULDN’T find the right man, because he is in his grave, and hasn’t left chick nor child nor relation behind him; and as long as the money went to somebody that awfully needed it, and nobody would be hurt by it, and—and—”

She broke down, crying. Her husband tried to think of some comforting thing to say, and presently came out with this:

“But after all, Mary, it must be for the best—it must be; we know that. And we must remember that it was so ordered—”

“Ordered! Oh, everything’s ORDERED, when a person has to find some way out when he has been stupid. Just the same, it was ORDERED that the money should come to us in this special way, and it was you that must take it on yourself to go meddling with the designs of Providence—and who gave you the right? It was wicked, that is what it was—just blasphemous presumption, and no more becoming to a meek and humble professor of—”

“But, Mary, you know how we have been trained all our lives long, like the whole village, till it is absolutely second nature to us to stop not a single moment to think when there’s an honest thing to be done—”

“Oh, I know it, I know it—it’s been one everlasting training and training and training in honesty—honesty shielded, from the very cradle, against every possible temptation, and so it’s ARTIFICIAL honesty, and weak as water when temptation comes, as we have seen this night. God knows I never had shade nor shadow of a doubt of my petrified and indestructible honesty until now—and now, under the very first big and real temptation, I—Edward, it is my belief that this town’s honesty is as rotten as mine is; as rotten as yours. It is a mean town,

noche las discusiones parecían plagios la una de la otra. La señora Richards dijo:

—Si hubieses esperado, Eduardo...; si te hubieses detenido a pensar. Pero, no... Tuviste que correr a la imprenta y divulgarlo por todas partes.

—El papel *decía* que debía publicarse.

—Eso no significaba nada. También *decía* que podía hacerse privadamente, si lo preferías. ¿Es cierto o no?

—Sí. Lo es. Pero cuando pensé en el revuelo que se produciría y en el honor que significaría para Hadleyburg el que un forastero depositase tanta confianza en ella...

—Oh, sí, sé todo eso, pero si lo hubieras pensado un poco te habrías dado cuenta de que no *podías* encontrar al hombre, porque está en la tumba y no dejó hijos ni parientes: y con tal de que el dinero fuese a parar a manos de alguien que lo necesitase muchísimo y que ello a nadie perjudicara, y...

—La señora Richards prorrumpió en sollozos. Su marido trató de inventar algo consolador, y a poco, dijo:

—Después de todo, Mary, todo esto debe ser para bien..., *debe* serlo: lo sabemos. Y debemos recordar que así estaba ordenado...

—Ordenado! Oh... Todo está ordenado cuando una persona necesita hallar una solución porque ha sido estúpida. Asimismo se *ordenó* que el [24] dinero viniera a nuestras manos en esta forma especial y fuiste tú quien debiste tornar a tu cargo el entremeterse en los planes de la Providencia... ¿Quién te dio derecho a hacerlo? Algo malvado, eso es todo... fue, simplemente, un engreimiento blasfemo que no le cuadraba ya a un manso y humilde perito en...

—Pero, Mary... Tú sabes qué educación nos han dado siempre, como a toda la gente de la ciudad: y que por eso ha llegado a ser en nosotros una segunda naturaleza no detenernos ni un momento a pensarlo cuando hay que hacer algo honesto...

—Oh, ya lo sé, ya lo sé... Ha sido un sempiterno adiestramiento y más adiestramiento y más adiestramiento en materia de honradez..., de honradez escudada, desde la propia cuna, contra las tentaciones posibles y, por lo tanto, honradez *artificial* y débil como el agua al llegar la tentación, según hemos visto esta noche. Dios sabe que nunca tuve la sombra de una duda sobre mi petrificada e indestructible honradez hasta ahora: y ahora, bajo el impulso de la primera grande y auténtica tentación, Eduardo, yo..., yo, Eduardo, creo que la honradez de esta ciudad está tan podrida como la mía, tan podrida como la

a hard, **stingy [mean]** town, and hasn't a virtue in the world but this honesty it is so celebrated for and so conceited about; and so help me, I do believe that if ever the day comes that its honesty falls under great temptation, its grand reputation will go to ruin like a house of cards. There, now, I've made confession, and I feel better; I am a humbug, and I've been one all my life, without knowing it. Let no man call me honest again—I will not have it."

"I— Well, Mary, I feel a good deal as you do: I certainly do. It seems strange, too, so strange. I never could have believed it— never."

A long silence followed; both were sunk in thought. At last the wife looked up and said:

"I know what you are thinking, Edward."

Richards had the embarrassed look of a person who is caught.

"I am ashamed to confess it, Mary, but—"

"It's no matter, Edward, I was thinking the same question myself."

"I hope so. State it."

"You were thinking, if a body could only guess out WHAT THE REMARK WAS that Goodson made to the stranger."

"It's perfectly true. I feel guilty and ashamed. And you?"

"I'm past it. Let us make a pallet here; we've got to stand watch till the bank vault opens in the morning and admits the sack. . . Oh dear, oh dear—if we hadn't made the mistake!"

The pallet was made, and Mary said:

"The open sesame—what could it have been? I do wonder what that remark could have been. But come; we will get to bed now."

"And sleep?"

"No; think."

"Yes; think."

By this time the Coxes too had completed their spat and their reconciliation, and were turning in—to think, to think, and toss, and fret, and worry over what the remark could possibly have been which Goodson made to the stranded **derelict**; that golden remark; that remark worth

tuya. Se trata de una ciudad mezquina, cruel, avara, sin más virtud que esta honradez tan célebre y de que tanto se envanece. Por eso —Dios me ayude— creo que si llega algún día en que la honradez se vea sometida a una gran tentación, su fama se desplomará como un castillo de naipes. Ahora que me confieso me siento mejor: soy una patraña y lo he sido durante toda mi vida, sin saberlo. Que ningún hombre vuelva a llamarme honrada: no quiero esa honradez.

—Yo... Bueno, Mary... Mis sentimientos son muy parecidos a los tuyos. Por lo demás, eso parece extraño, tan extraño... Yo nunca lo hubiera creído... Nunca.

—Siguió un largo silencio: ambos estaban sumidos en sus pensamientos. Finalmente la esposa alzó los ojos y dijo:

—Se en qué estás pensando, Eduardo.

Richards tenía el aire lleno de turbación del hombre atrapado.

—Me avergüenza confesarlo, Mary, pero...

—Tanto da, Eduardo. Yo estaba pensando en lo mismo.

—Así lo espero. Dilo.

—Estabas pensando en qué bueno sería si alguien pudiese adivinar *cuál fue la observación* que le hizo Goodson al desconocido.

—Absolutamente cierto. Me siento culpable y avergonzado. ¿Y tú?

—Se me ha pasado ya. Preparémonos un jergón aquí; tenemos que montar la guardia hasta que se abra por la mañana la tesorería del Banco y pueda guardarse la talega... ¡Oh, querido, querido! ¡Si no hubiésemos cometido ese error!

—Prepararon el jergón y Mary dijo:

—¿Cuál podrá ser el «sésamo ábrete»? Me pregunto cuál podrá ser la observación... Mas ahora, vamos a acostarnos.

—¿Y a dormir?

—No. A pensar.

—Sí. A pensar.

—A esta altura los Cox habían terminado ya su riña y su reconciliación y se estaban dedicando a... a pensar, a pensar y a agitarse y a desasosegarse y a cavilar inquietos sobre la observación que podía haberle hecho Goodson al necesitado [26] forastero, la observación de oro, la observa-

forty thousand dollars, cash.

The reason that the village telegraph-office was open later than usual that night was this: The foreman of Cox's paper was the local representative of the Associated Press. One might say its honorary representative, for it wasn't four times a year that he could furnish thirty words that would be accepted. But this time it was different. His despatch stating what he had caught got an instant answer:

"Send the whole thing—all the details—twelve hundred words."

A colossal order! The foreman filled the bill; and he was the proudest man in the State. By breakfast-time the next morning the name of Hadleyburg the Incorruptible was on every lip in America, from Montreal to the Gulf, from the glaciers of Alaska to the orange-groves of Florida; and millions and millions of people were discussing the stranger and his money-sack, and wondering if the right man would be found, and hoping some more news about the matter would come soon—right away.

ción que valía cuarenta mil dólares efectivos.

—La razón de que la oficina telegráfica del pueblo permaneciese abierta más tarde que de costumbre, era como sigue: el regente de la imprenta en que se hacía el periódico de Cox era el representante local de la Associated Press. Podría decirse que era su representante honorario, ya que ni siquiera cuatro veces al año podía enviar treinta palabras aceptables. Pero esta vez las cosas ocurrieron de manera bien distinta. Su despacho comunicando la novedad obtuvo una respuesta inmediata:

—«Mande todo eso... todos los detalles... mil doscientas palabras.»

—¡Un encargo colosal! El regente le dio cumplimento y fue el hombre más orgulloso del Estado. A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, el nombre de Hadleyburg, la Incorruptible, estaba en todos los labios de todas las gentes de los Estados Unidos, desde Montreal hasta el Golfo de México, desde los ventisqueros de Alaska hasta los bosquecillos de naranjos de la Florida: millones y más millones de personas discutían el caso del forastero y su talega de oro y se preguntaban si aparecería el hombre buscando y confiaban en conocer pronto... inmediatamente, nuevas noticias sobre el particular.

15

30

II

Hadleyburg village woke up world-celebrated—astonished—happy—vain. Vain beyond imagination. Its nineteen principal citizens and their wives went about shaking hands with each other, and beaming, and smiling, and congratulating, and saying THIS thing adds a new word to the dictionary—HADLEYBURG, synonym for INCORRUPTIBLE—destined to live in dictionaries for ever! And the minor and unimportant citizens and their wives went around acting in much the same way. Everybody ran to the bank to see the gold-sack; and before noon grieved and envious crowds began to flock in from Brixton and all neighbouring towns; and that afternoon and next day reporters began to arrive from everywhere to verify the sack and its history and write the whole thing up anew, and make dashing free-hand pictures of the sack, and of Richards's house, and the bank, and the Presbyterian church, and the Baptist church, and the public square, and the town-hall where the test would be applied and the money delivered; and damnable portraits of the Richardses, and Pinkerton the banker, and Cox, and the foreman, and Reverend Burgess, and the postmaster—and even of Jack Halliday, who was the loafing, good-natured, no-account, irreverent fisherman, hunter, boys' friend, stray-dogs' friend,

II

La ciudad de Hadleyburg despertó dueña de una celebridad mundial, asombrada, feliz, orgullosa. Indeciblemente orgullosa. Sus diecinueve ciudadanos más destacados y sus esposas empezaron a estrecharse mutuamente las manos y a irradiar alegría y a sonreír y a felicitarse y a decir que *aquello* añadía una nueva palabra al diccionario. *¡Hadleyburg* se convertía en sinónimo de *incorruptible* y estaba destinada a vivir en los diccionarios eternamente! Y los ciudadanos de menor cuantía y sus esposas obraban de manera muy parecida. Todos corrían al Banco a ver la talega de oro: y antes del mediodía, desde Brixton y las ciudades vecinas, comenzaron a afluir multitudes pesarasas y llenas de envidia. Y esa tarde y al día siguiente comenzaron a llegar de todas partes reporteros para verificar la existencia de la talega y su historia y reescribir el asunto. Y trazaron arbitrarias descripciones de la talega y de la casa de Richards y de la iglesia presbiteriana y de la iglesia baptista y de la plaza pública y del Ayuntamiento donde se realizaría la prueba y se entregaría el dinero, e hicieron detestables retratos de los Richards y del banquero Pinkerton y de Cox y del regente y del reverendo Burgess y del administrados de correos..., y hasta de Jack Halliday, el hombre [28] jovial, holgazán, de poca monta, irreverente, pescador, cazador, amigo de los niños, amigo de los perros extraviados, el típico *Sam Lawson* de la ciudad. El insigni-

typical “Sam Lawson” of the town. The little mean, **smirking [silly smile]**, oily Pinkerton showed the sack to all comers, and rubbed his **sleek** palms together pleasantly, and enlarged upon the town’s fine old reputation for honesty and upon this wonderful endorsement of it, and hoped and believed that the example would now spread far and wide over the American world, and be epoch-making in the matter of moral regeneration. And so on, and so on.

By the end of a week things had quieted down again; the wild intoxication of pride and joy had sobered to a soft, sweet, silent delight—a sort of deep, nameless, unutterable content. All faces bore a look of peaceful, holy happiness.

Then a change came. It was a gradual change; so gradual that its beginnings were hardly noticed; maybe were not noticed at all, except by Jack Halliday, who always noticed everything; and always made fun of it, too, no matter what it was. He began to throw out chaffing remarks about people not looking quite so happy as they did a day or two ago; and next he claimed that the new aspect was deepening to positive sadness; next, that it was taking on a sick look; and finally he said that everybody was become so moody, thoughtful, and absent-minded that he could rob the meanest man in town of a cent out of the bottom of his breeches pocket and not disturb his reverie.

At this stage—or at about this stage—a saying like this was dropped at bedtime—with a sigh, usually—by the head of each of the nineteen principal households:

“Ah, what COULD have been the remark that Goodson made?”

“And straightway—with a shudder—came this, from the man’s wife:

“Oh, DON’T! What horrible thing are you mulling in your mind? Put it away from you, for God’s sake!”

But that question was wrung from those men again the next night—and got the same retort. But weaker.

And the third night the men uttered the question yet again—with anguish, and absently. This time—and the following night—the wives fidgeted feebly, and tried to say something. But didn’t.

And the night after that they found their tongues and responded—longingly:

“Oh, if we COULD only guess!”

ficante Pinkerton, zalamero y de estúpida sonrisa, mostraba la talega a los recién llegados y se frotaba complacido las suaves palmas de las manos y se explayaba sobre la hermosa y antigua reputación de honradez de la ciudad y sobre la maravillosa confirmación de la misma y manifestaba su creencia de que el ejemplo se difundiría ahora por toda la extensión del mundo norteamericano y sería memorable en materia de regeneración moral. Etcétera, etcétera.

—Al cabo de una semana todo había vuelto a sosegar. La salvaje embriaguez del orgullo y de la alegría se había calmado hasta convertirse en suave, dulce y silencioso deleite: una suerte de hondo, innominado e inenarrable contentamiento. En todos los rostros estaba estampada una apacible y santa felicidad.

—Luego se produjo una transformación. Fue una transformación gradual, tan gradual que sus comienzos se notaron difícilmente. Quizá resultaron por completo inadvertidos salvo para Jack Halliday, que siempre lo notaba todo y siempre se reía de todo también, sin parar mientes de qué se trataba. Jack empezó por hacer observaciones sardónicas, diciendo que el aire de la gente no era tan feliz como un par de días antes; luego afirmó que el nuevo talante se iba convirtiendo en positiva tristeza; después que se volvía enfermizo y, finalmente, que todos estaban tan cavilosos, pensativos y distraídos, que habría podido robarles hasta el último centavo de los bolsillos sin turbar sus sueños.

—A esta altura —poco más o menos— los jefes de familia de las diecinueve casas principales, a la hora de dormir —y con un suspiro, por lo general— dejaban escapar esta reflexión:

—¡Ah! ¿Cuál habrá sido la observación que hizo Goodson?

—E inmediatamente —con un escalofrío— llegaban estas palabras de la esposa del jefe de familia:

—¡Oh, *no digas eso!* ¿Qué horrible cosa estás meditando? ¡Apártala de tus pensamientos, por amor de Dios!

Pero aquellos hombres volvían a formular contra su voluntad la pregunta a la noche siguiente... y obtenían la misma respuesta, aunque más débil.

Y al llegar la tercera noche volvía a hacerse la pregunta, con angustia y aire distraído. Esta vez —y la noche siguiente— las esposas hacían un nervioso y débil movimiento de protesta y trataban de decir algo. Pero no lo decían.

Y a la noche siguiente reencontraban su voz y respondían con anhelo:

—¡Ah, si *pudiéramos* adivinarla!

Halliday's comments grew daily more and more sparkingly disagreeable and disparaging. He went diligently about, laughing at the town, individually and in mass. But his laugh was the only one left in the village: it fell upon a hollow and mournful vacancy and emptiness. Not even a smile was findable anywhere. Halliday carried a cigar-box around on a tripod, playing that it was a camera, and halted all passers and aimed the thing and said "Ready! —now look pleasant, please," but not even this capital joke could surprise the dreary faces into any softening.

So three weeks passed—one week was left. It was Saturday evening after supper. Instead of the aforesaid Saturday-evening flutter and bustle and shopping and larking, the streets were empty and desolate. Richards and his old wife sat apart in their little parlour—miserable and thinking. This was become their evening habit now: the life-long habit which had preceded it, of reading, knitting, and contented chat, or receiving or paying neighbourly calls, was dead and gone and forgotten, ages ago—two or three weeks ago; nobody talked now, nobody read, nobody visited—the whole village sat at home, sighing, worrying, silent. Trying to guess out that remark.

The postman left a letter. Richards glanced **listlessly** at the superscription and the post-mark—unfamiliar, both—and tossed the letter on the table and resumed his might-have-beens and his hopeless dull miseries where he had left them off. Two or three hours later his wife got wearily up and was going away to bed without a good-night—custom now—but she stopped near the letter and eyed it awhile with a dead interest, then broke it open, and began to skim it over. Richards, sitting there with his chair tilted back against the wall and his chin between his knees, heard something fall. It was his wife. He sprang to her side, but she cried out:

"Leave me alone, I am too happy. Read the letter—read it!"

He did. He devoured it, his brain reeling. The letter was from a distant State, and it said:

"I am a stranger to you, but no matter: I have something to tell. I have just arrived home from Mexico, and learned about that episode. Of course you do not know who made that remark, but I know, and I am the only person living who does know. It was GOODSON. I knew him well, many years ago. I passed through your village that very night, and was his guest till the midnight train came along. I

Los comentarios de Halliday se volvían cada día más brillantemente despectivos y desagradables. Se paseaba sin cesar, riéndose de la ciudad, individualmente y en conjunto. Pero aquella risa era la única que restaba en Hadleyburg: brotaba en medio de un gran vacío, de una gran oquedad. En ninguna parte podía hallarse siquiera una sonrisa. Halliday llevaba por todas partes una cigarrera montada sobre un trípode, simulando que se trataba de una cámara fotográfica y detenía a los paseantes y les enfocaba y decía: «¡Atención! Muestran una cara agradable, por favor». Pero [30] ni siquiera la magnífica broma podía sorprender a los melancólicos rostros y suavizarlos.

Así transcurrieron tres semanas, quedando una sola. Era la noche del sábado, después de la cena. En vez de ostentar el ajetreo y agitación y bullicio y la alegría y la gente de compras propios de los sábados por la noche, las calles estaban desiertas y desoladas. Richards y su vieja esposa estaban sentados en su salita de recibo, acongojado y sumidos en sus cavilaciones. Ahora su hábito nocturno era éste: la costumbre de toda la vida de leer, tejer o charlar apaciblemente o recibir o hacer visitas de vecindad, había desaparecido, olvidada desde hacía muchísimo tiempo..., dos o tres semanas ya. Ahora nadie conversaba, nadie leía, nadie hacía visitas: la población de la ciudad se quedaba sentada en sus casas, suspirando, inquieta, silenciosa. Tratando de adivinar la observación.

—El cartero dejó una carta. Richards miró con indiferencia la letra del sobre y el sello —desconocidos ambos— y tiró la carta sobre la mesa y reanudó sus conjeturas y sus irremediables y tristes congojas en el punto donde las dejara. Dos o tres horas después su esposa se levantó con aire fatigado y se dispuso a marcharse a la cama sin darle las buenas noches —cosa usual ahora—, pero se detuvo cerca de la carta y la miró durante unos instantes con apagado interés; luego la abrió y comenzó a recorrerla rápidamente con los ojos. Richards, que estaba sentado con la silla echada hacia atrás contra la pared y el mentón entre las rodillas, oyó caer algo. Se trataba de su esposa. Se abalanzó hacia ella, pero la señora Richards exclamó:

—¡Déjame en paz! Me siento demasiado feliz. Lee la carta... ¡Léela!

—Richards lo hizo así. La devoró con los ojos, mientras su cerebro trepidaba. La carta provenía de un Estado lejano y decía:

—«Soy un extraño para usted, pero tanto da; necesito decirle algo. Acabo de volver a mi país de México y me he enterado de ese episodio. Desde luego usted no sabe quién hizo esa observación, pero yo soy la única persona viviente que lo sabe. Fue Goodson. Le conocí muy bien hace muchos años. Pasé por la ciudad de Hadleyburg esa misma noche y fui su huésped hasta la llegada del tren de la medianoche. Le oí hacerle esa observación al forastero en la oscuridad:

overheard him make that remark to the stranger in the dark—it was in Hale Alley. He and I talked of it the rest of the way home, and while smoking in his house. He mentioned many of your villagers in the course of his talk—most of them in a very uncomplimentary way, but two or three favourably: among these latter yourself. I say ‘favourably’—nothing stronger. I remember his saying he did not **actually** LIKE any person in the town—not one; but that you—I THINK he said you—am almost sure—had done him a very great service once, possibly without knowing the full value of it, and he wished he had a fortune, he would leave it to you when he died, and a curse apiece for the rest of the citizens. Now, then, if it was you that did him that service, you are his legitimate heir, and entitled to the sack of gold. I know that I can trust to your honour and honesty, for in a citizen of Hadleyburg these virtues are an unailing inheritance, and so I am going to reveal to you the remark, well satisfied that if you are not the right man you will seek and find the right one and see that poor Goodson’s debt of gratitude for the service referred to is paid. This is the remark ‘YOU ARE FAR FROM BEING A BAD MAN: GO, AND REFORM.’

“HOWARD L. STEPHENSON.”

“Oh, Edward, the money is ours, and I am so grateful, OH, so grateful,—kiss me, dear, it’s for ever since we kissed—and we needed it so—the money—and now you are free of Pinkerton and his bank, and nobody’s slave any more; it seems to me I could fly for joy.”

It was a happy half-hour that the couple spent there on the settee caressing each other; it was the old days come again—days that had begun with their courtship and lasted without a break till the stranger brought the deadly money. By-and-by the wife said:

“Oh, Edward, how lucky it was you did him that grand service, poor Goodson! I never liked him, but I love him now. And it was fine and beautiful of you never to mention it or **brag [boast]** about it.” Then, with a touch of reproach, “But you ought to have told ME, Edward, you ought to have told your wife, you know.”

“Well, I—er—well, Mary, you see—”

“Now stop hemming and hawing, and tell me about it, Edward. I always loved you, and now I’m proud of you. Everybody believes there was only one good generous soul in this village, and now it turns out that you—Edward, why don’t you tell me?”

“Well—er—er—Why, Mary, I can’t!”

fue en la calleja de Hale. El y yo conversamos sobre el asunto durante el resto del trayecto a su casa y mientras fumábamos, ya en ella Goodson mencionó a muchos de ustedes, los hombres de la ciudad, en el transcurso de la conversación, refiriéndose a la mayoría en forma muy poco lisonjera, pero habló de dos o tres favorablemente, entre ellos, de usted. Digo favorablemente y nada más. Recuerdo haberle oído decir que no le GUSTABA en realidad ninguno de sus convecinos, ni uno solo, pero que usted —CREO que dijo usted, estoy casi seguro— le había hecho un gran favor en cierta oportunidad, posiblemente sin saber el valor de éste y me dijo que habría querido tener una fortuna para dejársela a usted al morir y para dejar una maldición a cada uno de sus conciudadanos. Pues bien: si fue usted quien le hizo ese favor, es usted su legítimo heredero y tiene derecho a la talega de oro. Sé que puedo confiar en su honor y en su honestidad, porque en un ciudadano de [32] Hadleyburg tales virtudes constituyen una herencia positiva, y por ello, voy a revelar la observación, seguro de que si usted no es el hombre buscado, le buscará a su vez y encontrará al hombre en cuestión y cuidará de que la deuda de gratitud del pobre Goodson por el favor mencionado sea pagada. La observación es ésta: «USTED DISTA DE SER UN MAL HOMBRE: VAYA Y REFÓRMESE».

25

—Howard L. STEPHENSON

—Oh Eduardo... El dinero es nuestro y me siento tan contenta, oh, tan contenta... Bésame, querido. ¡Ha pasado tanto tiempo sin que nos demos un beso...! Y necesitamos tanto el dinero... y ahora estás libre de Pinkerton y de su Banco y ya no hay esclavos... Me parece que sería capaz de volar de alegría.

—La pareja pasó media hora feliz sobre el canapé, acariciándose: habían vuelto los días de antaño, los días iniciados con su galanteo y que duraran sin interrupción hasta que el forastero trajera su mortífero oro. A poco la esposa dijo:

40

—Oh Eduardo... ¡Qué suerte tuvimos de que le hicieras aquel gran favor al pobre Goodson! Goodson nunca me gustó, pero ahora siento afecto por él. Y fue muy hermoso el que nunca mencionaras el asunto ni te jactaras de haber hecho tal servicio.— Luego, con tono de reproche, la señora Richards agregó:

—Pero debiste *habérmelo* dicho, Eduardo... Debiste decírselo a tu esposa.

—Bueno... Yo... Como comprenderás, Mary...

50

—Ahora déjate de tartamudear y cuéntame eso, Eduardo. Siempre te amé y ahora me enorgullezco de ti. Todos creen que sólo hubo un alma generosa en esta ciudad, y ahora resulta que tú... ¿Por qué no me lo cuentas, Eduardo?

55

—Este... Pero... ¡No puedo, Mary!

“You CAN’T? WHY can’t you?”

—¿No puedes? ¿Por qué no puedes?

“You see, he—well, he—he made me promise I wouldn’t.”

—Te diré...él... Bueno... El caso es que me obligó a prometer que no lo contaría.

The wife looked him over, and said, very slowly:

La mujer de Richards lo miró de arriba abajo y dijo, con mucha lentitud:

“Made—you—promise? Edward, what do you tell me that for?”

—¿Te... lo hizo... prometer? ¿Por qué me dices eso, Eduardo?

“Mary, do you think I would lie?”

—¿Crees que yo sería capaz de mentirte, Mary?

She was troubled and silent for a moment, then she laid her hand within his and said:

Ella se sintió turbada y silenciosa durante un momento, luego, puso su mano en la de su marido y dijo:

“No . . . no. We have wandered far enough from our bearings—God spare us that! In all your life you have never uttered a lie. But now—now that the foundations of things seem to be crumbling from under us, we—we—” She lost her voice for a moment, then said, brokenly, “Lead us not into temptation. . . I think you made the promise, Edward. Let it rest so. Let us keep away from that ground. Now—that is all gone by; let us be happy again; it is no time for clouds.”

—No... No. Bastante nos hemos alejado ya de nuestra serenidad normal. ¡Dios nos salve de eso! Jamás mentiste en toda tu vida. Pero ahora... ahora que los cimientos de las cosas parecen estar desmoronándose bajo nuestros pies, nosotros... nosotros... Por un momento la señora Richards se quedó sin voz y luego dijo, desfalleciente:

—«No nos dejes caer en la tentación...» *Creo* que has hecho realmente esa promesa, Eduardo. Así sea. Dejemos el asunto. Ahora... todo eso ha pasado, volvamos a ser felices: no es tiempo para nubes.

Edward found it something of an effort to comply, for his mind kept wandering—trying to remember what the service was that he had done Goodson.

—A Eduardo le costó un gran esfuerzo complacerla, porque su espíritu no hacía sino vagar, tratando de recordar qué servicio le había hecho a Goodson.

The couple lay awake the most of the night, Mary happy and busy, Edward busy, but not so happy. Mary was planning what she would do with the money. Edward was trying to recall that service. At first his conscience was sore on account of the lie he had told Mary—if it was a lie. After much reflection—suppose it WAS a lie? What then? Was it such a great matter? Aren’t we always ACTING lies? Then why not tell them? Look at Mary—look what she had done. While he was hurrying off on his honest errand, what was she doing? Lamenting because the papers hadn’t been destroyed and the money kept. Is theft better than lying?

—La pareja pasó despierta la mayor parte de la noche. Mary feliz y ocupada; Eduardo ocupado, pero no tan feliz. Mary pensaba qué haría con el dinero. Eduardo trataba de recordar aquel favor. [34] Al principio le remordía la conciencia pensar en la mentira que le dijera a Mary... si se trataba de una mentira. Después de meditarlo mucho, pensó... *Y si se trataba* de una mentira... ¿qué? ¿Tenía tanta importancia? ¿Acaso no representamos siempre falsedades? Entonces, ¿por qué *decirlas*? Bastaba con mirar a Mary, con mirar lo que había hecho. Mientras él se dirigía presurosamente a cumplir con su honesto cometido, ¿qué había hecho ella? ¿Lamentarse de que los papeles no hubiesen sido destruidos y de no haber conservado el dinero! Es acaso mejor el robo que la mentira?

THAT point lost its sting—the lie dropped into the background and left comfort behind it. The next point came to the front: HAD he **rendered** that service? Well, here was Goodson’s own evidence as reported in Stephenson’s letter; there could be no better evidence than that—it was even PROOF that he had **rendered** it. Of course. So that point was settled. . . No, not quite. He recalled with a wince that this unknown Mr. Stephenson was just a trifle unsure as to whether the performer of it was Richards or some other—and, oh dear, he had put Richards on his honour! He must himself decide whither that money must go—and Mr.

—*Este* punto perdió ahora su aguijón: la mentira se esfumó en último plano y dejó en pos de sí el consuelo. El punto siguiente pasó a primer plano. ¿*Había* hecho él efectivamente aquel favor? Después de todo, estaba el testimonio del propio Goodson, tal como le presentaba la carta de Stephenson. No podía darse mejor testimonio: era hasta la prueba de que había hecho el favor. Desde luego. De modo que el punto quedaba resuelto. No, no del todo. Recordó con sobresalto que aquel desconocido señor Stephenson estaba una pizca inseguro de si el ejecutante del favor era Richards o algún otro... y... ¡Dios mío! ¡Había dejado librado aquello al honor de Richards! El mismo debía resolver adónde debía ir a parar el dinero, y el

Stephenson was not doubting that if he was the wrong man he would go honourably and find the right one. Oh, it was odious to put a man in such a situation—ah, why couldn't Stephenson have left out that doubt? What did he want to intrude that for?

Further reflection. How did it happen that RICHARDS'S name remained in Stephenson's mind as indicating the right man, and not some other man's name? That looked good. Yes, that looked very good. In fact it went on looking better and better, straight along—until by-and- by it grew into positive PROOF. And then Richards put the matter at once out of his mind, for he had a private instinct that a proof once established is better left so.

He was feeling reasonably comfortable now, but there was still one other detail that kept pushing itself on his notice: of course he had done that service—that was settled; but what WAS that service? He must recall it—he would not go to sleep till he had recalled it; it would make his peace of mind perfect. And so he thought and thought. He thought of a dozen things—possible services, even probable services—but none of them seemed adequate, none of them seemed large enough, none of them seemed worth the money—worth the fortune Goodson had wished he could leave in his will. And besides, he couldn't remember having done them, anyway. Now, then—now, then—what KIND of a service would it be that would make a man so inordinately grateful? Ah—the saving of his soul! That must be it. Yes, he could remember, now, how he once set himself the task of converting Goodson, and laboured at it as much as—he was going to say three months; but upon closer examination it shrunk to a month, then to a week, then to a day, then to nothing. Yes, he remembered now, and with unwelcome vividness, that Goodson had told him to go to thunder and mind his own business—HE wasn't hankering to follow Hadleyburg to heaven!

So that solution was a failure—he hadn't saved Goodson's soul. Richards was discouraged. Then after a little came another idea: had he saved Goodson's property? No, that wouldn't do—he hadn't any. His life? That is it! Of course. Why, he might have thought of it before. This time he was on the right track, sure. His imagination-mill was hard at work in a minute, now.

Thereafter, during a stretch of two exhausting hours, he was busy saving Goodson's life. He saved it in all kinds of difficult and perilous ways. In every case he got it saved satisfactorily up to a certain point; then, just as he was beginning to get well persuaded that it had really happened, a troublesome detail would turn up which made the whole thing impossible. As in the matter of drowning, for instance. In that case he had swum out and tugged Goodson ashore in an unconscious state with a great crowd

señor Stephenson no dudaba de que, si él no era el hombre buscado, iría honestamente en busca del verdadero. ¡Oh!, era terrible poner a un hombre en semejante situación. ¡Ah! ¿Por qué habría mencionado Stephenson aquella duda? ¿Por qué había querido aquella intromisión?

—La meditación prosiguió. ¿Cómo se explicaba que Stephenson recordara el nombre de Richards como indicador del hombre buscado y no algún otro nombre? Esto tenía buen aspecto. Sí, muy buen aspecto. En realidad, su aspecto era cada vez mejor..., hasta que se convirtió en una verdadera prueba. Y entonces Richards expulsó el asunto inmediatamente de su espíritu, porque su instinto personal le decía que cuando quedaba establecida una prueba era preferible dejarla así.

Ahora se sentía razonablemente cómodo, pero quedaba aún otro detalle, que se le imponía. Desde luego él había hecho aquel favor; esto era cosa resuelta, pero... *en qué* consistía el favor? Era indispensable recordarlo: no se iría a dormir mientras no lo recordara. Aquello haría perfecta la paz de su espíritu. Y, por consiguiente, Richards no hacía sino pensar. Pensaba en una docena de cosas —favores posibles, hasta probables—, pero ninguno de ellos parecía adecuado, ninguno de ellos parecía lo bastante grande, ninguno de ellos parecía valer aquel dinero, la fortuna que Goodson quería dejarle en su testamento. Y, por lo demás, él no recordaba haberlo hecho. Y bien... Y bien... ¿Qué clase de servicio podía ser para tornar tan exageradamente agradecido a un hombre? ¡Ah! ¡Debía de haber salvado su alma! Sin duda, se trataba de eso. Sí. Ahora recordaba cómo había emprendido antaño la tarea de convertir a Goodson y cómo había trabajado en ella durante no menos de...; iba a decir tres meses, pero después de un examen más detenido disminuyó el término a un mes, luego a una semana, después a un día, finalmente a nada. Sí, ahora recordaba —y con poco grata nitidez— que Goodson le había dicho que se fuera al diablo y que se ocupara de sus propios asuntos. [36] ¡Él no ansiaba seguir a Hadleyburg al paraíso!

De modo que esta solución era un fracaso: él no había salvado el alma de Goodson. Richards se sintió desalentado. Al poco se le ocurrió otra idea. ¿Habría salvado los bienes de Goodson? No, eso no: Goodson carecía de bienes. Su vida? ¡Éso era! Naturalmente. Debía de habersele ocurrido antes. Esta vez, con seguridad, estaba sobre la verdadera pista. El molino de su imaginación empezó a funcionar empeñosamente al cabo de un instante.

Después, durante dos fatigosas horas, se dedicó a salvarle la vida a Goodson. La salvaba en toda suerte de formas difíciles y peligrosas. En todos los casos, la salvaba satisfactoriamente hasta cierto punto. Luego, cuando estaba empezando a convencerse de que aquello había sucedido realmente, aparecía un molesto detalle que lo volvía imposible. Como cuando le salvaba de ser ahogado, por ejemplo. En ese caso Richards arrastraba a Goodson hasta la playa en estado de

looking on and applauding, but when he had got it all thought out and was just beginning to remember all about it, a whole swarm of disqualifying details arrived on the ground: the town would have known of the circumstance, Mary would have known of it, it would glare like a limelight in his own memory instead of being an inconspicuous service which he had possibly rendered “without knowing its full value.” And at this point he remembered that he couldn’t swim anyway.

Ah—THERE was a point which he had been overlooking from the start: it had to be a service which he had rendered “possibly without knowing the full value of it.” Why, really, that ought to be an easy hunt—much easier than those others. And sure enough, by-and-by he found it. Goodson, years and years ago, came near marrying a very sweet and pretty girl, named Nancy Hewitt, but in some way or other the match had been broken off; the girl died, Goodson remained a bachelor, and by-and-by became a soured one and a frank despiser of the human species. Soon after the girl’s death the village found out, or thought it had found out, that she carried a spoonful of negro blood in her veins. Richards worked at these details a good while, and in the end he thought he remembered things concerning them which must have gotten mislaid in his memory through long neglect. He seemed to dimly remember that it was HE that found out about the negro blood; that it was he that told the village; that the village told Goodson where they got it; that he thus saved Goodson from marrying the tainted girl; that he had done him this great service “without knowing the full value of it,” in fact without knowing that he WAS doing it; but that Goodson knew the value of it, and what a narrow escape he had had, and so went to his grave grateful to his benefactor and wishing he had a fortune to leave him. It was all clear and simple, now, and the more he went over it the more luminous and certain it grew; and at last, when he nestled to sleep, satisfied and happy, he remembered the whole thing just as if it had been yesterday. In fact, he dimly remembered Goodson’s TELLING him his gratitude once. Meantime Mary had spent six thousand dollars on a new house for herself and a pair of slippers for her pastor, and then had fallen peacefully to rest.

That same Saturday evening the postman had delivered a letter to each of the other principal citizens—nineteen letters in all. No two of the envelopes were alike, and no two of the superscriptions were in the same hand, but the letters inside were just like each other in every detail but one. They were exact copies of the letter received by Richards—handwriting and all—and were all signed by Stephenson, but in place of Richards’s name each receiver’s own name appeared.

All night long eighteen principal citizens did what their caste-brother Richards was doing at the same time—they put in their energies trying to remember what notable

inconsciencia mientras una gran multitud miraba y aplaudía, pero cuando ya lo había pensado todo y estaba empezando a recordarlo, se presentaba un enjambre de detalles inhabilitantes: la ciudad debía haber sabido el hecho, Mary debía saberlo también y él mismo debía recordarlo muy bien, en vez de ser un favor insignificante que quizás hiciera «sin conocer todo su valor». Y, a esta altura, Richards recordaba que, de todos modos, él no sabía nadar.

Ah... Existía un punto que se le había pasado por alto desde el principio: debía de tratarse de un servicio prestado «posiblemente sin conocer todo su valor». En rigor, aquello debía ser cazafácil, mucho más fácil que las otras. Y por cierto que no tardó en encontrarla. Goodson, muchos años antes, había estado próximo a casarse con una dulce y muy linda muchacha llamada Nancy Hewitt, pero no se sabe cómo, el noviazgo había sido roto. La muchacha murió; Goodson siguió siendo soltero y poco a poco se convirtió en un hombre amargado que despreciaba abiertamente a la especie humana. Poco después de morir Nancy, la ciudad descubrió —o creyó descubrir—que aquella había tenido un poco de sangre negra en las venas. Richards trabajó durante no poco tiempos con estos detalles y, finalmente, le pareció recordar cosas concernientes a ellos que debían haberse extraviado en la memoria a causa de un prolongado abandono. Le pareció recordar vagamente que era él quien había descubierto lo de la sangre negra, que era él quien se lo había dicho a la ciudad, que la ciudad le había comunicado a Goodson la fuente del hallazgo, que él había salvado así a Goodson de casarse con la manchada muchacha, que él le había hecho aquel gran favor «en realidad, sin saber que lo hacía», pero que Goodson sabía su valor y que se había salvado a duras penas del peligro y por eso, se había marchado a la tumba agradecido a su benefactor y lamentando no poder dejarle una fortuna. Todo resultaba ahora claro y simple, y cuanto más lo meditaba Richards, más luminoso y cierto se volvía. Finalmente, cuando se acurrucó para dormir satisfecho y feliz, recordó todo aquello como si hubiese ocurrido el día anterior. En realidad recordaba vagamente que Goodson le había expresado su gratitud en cierta ocasión. Mientras tanto, Mary había invertido seis mil dólares en una casa nueva para sí y un par de [38] pantuflas para su pastor y luego se había quedado apaciblemente dormida.

—El mismo sábado por la noche el cartero había entregado una carta a cada uno de los demás ciudadanos prominentes de Hadleyburg: diecinueve cartas en total. No había dos sobres que se parecieran ni dos direcciones que acusaran la misma mano, pero las cartas contenidas eran idénticas en todos sus detalles menos uno. Eran copias exactas de la carta recibida por Richards —la letra inclusive— y todas ellas firmadas por Stephenson, pero en vez del nombre de Richards figuraba el del respectivo destinatario.

—Durante el transcurso de la noche los otros dieciocho ciudadanos principales hicieron lo que hacía al mismo tiempo su colega Richards: aplicaron sus energías a recordar el

service it was that they had unconsciously done Barclay Goodson. In no case was it a holiday job; still they succeeded.

And while they were at this work, which was difficult, their wives put in the night spending the money, which was easy. During that one night the nineteen wives spent an average of seven thousand dollars each out of the forty thousand in the sack—a hundred and thirty-three thousand altogether.

Next day there was a surprise for Jack Halliday. He noticed that the faces of the nineteen chief citizens and their wives bore that expression of peaceful and holy happiness again. He could not understand it, neither was he able to invent any remarks about it that could damage it or disturb it. And so it was his turn to be dissatisfied with life. His private guesses at the reasons for the happiness failed in all instances, upon examination. When he met Mrs. Wilcox and noticed the placid ecstasy in her face, he said to himself, “Her cat has had kittens”—and went and asked the cook; it was not so, the cook had detected the happiness, but did not know the cause. When Halliday found the duplicate ecstasy in the face of “Shadbelly” Billson (village nickname), he was sure some neighbour of Billson’s had broken his leg, but inquiry showed that this had not happened. The subdued ecstasy in Gregory Yates’s face could mean but one thing—he was a mother-in-law short; it was another mistake. “And Pinkerton—Pinkerton—he has collected ten cents that he thought he was going to lose.” And so on, and so on. In some cases the guesses had to remain in doubt, in the others they proved distinct errors. In the end Halliday said to himself, “Anyway it roots up that there’s nineteen Hadleyburg families temporarily in heaven: I don’t know how it happened; I only know Providence is off duty today.”

An architect and builder from the next State had lately ventured to set up a small business in this unpromising village, and his sign had now been hanging out a week. Not a customer yet; he was a discouraged man, and sorry he had come. But his weather changed suddenly now. First one and then another chief citizen’s wife said to him privately:

“Come to my house Monday week—but say nothing about it for the present. We think of building.”

He got eleven invitations that day. That night he wrote his daughter and broke off her match with her student. He said she could marry a mile higher than that.

Pinkerton the banker and two or three other well-to-do men planned country-seats—but

notable favor que le hicieran inconscientemente a Barclay Goodson. En ninguno de los casos resultaba fácil la tarea; con todo, lograron éxito.

—Y mientras estaban entregados a aquel trabajo, que era difícil, sus esposas consagraban la noche a gastar el dinero, lo cual era fácil. Durante aquella sola noche, las diecinueve esposas gastaron un promedio de siete mil dólares cada una de los cuarenta mil contenidos en la talega: ciento treinta y tres mil dólares en total.

—Al día siguiente Jack Halliday se llevó una sorpresa. Advirtió que los rostros de los diecinueve ciudadanos más prominentes de Hadleyburg y de sus esposas ostentaban nuevamente aquella expresión de apacible y santa felicidad. Esto le resultó incomprensible y, por lo demás, no logró inventar observación alguna al respecto que pudiese dañarla o turbarla. Y por eso le llegó el turno de mostrarse insatisfecho de la vida. Sus conjeturas privadas sobre los motivos de la felicidad fracasaron en todos los casos al ser sometidas a comprobación. Al encontrarse con la señora Wilcox y advertir el plácido éxtasis de su rostro, Jack Halliday se dijo: «Su gata ha tenido gatitos», y fue a preguntárselo a la cocinera de aquella. Mas, la cocinera había notado el aire de felicidad, pero ignoraba la causa. Al advertir la reiteración del éxtasis en el rostro de *Shadbelly* Billson (apodo local), tuvo la convicción de que algún vecino de Billson se había roto una pierna, pero la investigación le demostró que no había ocurrido tal cosa. El reprimido éxtasis del rostro de Gregory Yates sólo podía significar que se le había muerto la suegra. Otro error. «Y Pinkerton... Pinkerton... ha recobrado diez centavos que creyera perder». Etcétera, etcétera. En algunos casos las conjeturas quedaban en situación de dudosas: en los otros resultaban errores evidentes. Por Halliday se dijo: «Sea como fuere, es evidente que diecinueve familias de Hadleyburg están de modo provisional en el paraíso. No sé cómo ha ocurrido, sólo sé que la Providencia está hoy de vacaciones».

—Un arquitecto y constructor del Estado contiguo se había aventurado a instalar una pequeña empresa en aquella localidad poco prometedora y su placa anunciadora estaba colgada ya desde hacía una semana. Ni un cliente aún: el arquitecto estaba desanimado y lamentaba haber venido. Pero su humor cambió súbitamente. Una tras otra le visitaron las esposas de los ciudadanos prominentes y le dijeron:

—Venga a mi casa dentro de ocho días, pero no hable del asunto por ahora. Pensamos construir.

—[40] El arquitecto recibió ese día once invitaciones. Por noche le escribió a su hija y dejó sin efecto su noviazgo con un estudiante. Manifestó que la muchacha podía casarse muchísimo mejor.

—Pinkerton, el banquero y otros dos o tres hombres acomodados pensaban construir casas de campo..., pero

waited. That kind don't count their chickens until they are hatched.

The Wilsons **devised** a grand new thing—a fancy-dress ball. They made no **actual** promises, but told all their acquaintanceship in confidence that they were thinking the matter over and thought they should give it—”and if we do, you will be invited, of course.” People were surprised, and said, one to another, “Why, they are crazy, those poor Wilsons, they can't afford it.” Several among the nineteen said privately to their husbands, “It is a good idea, we will keep still till their cheap thing is over, then WE will give one that will make it sick.”

The days drifted along, and the bill of future squanderings rose higher and higher, wilder and wilder, more and more foolish and reckless. It began to look as if every member of the nineteen would not only spend his whole forty thousand dollars before receiving-day, but be **actually** in debt by the time he got the money. In some cases light-headed people did not stop with planning to spend, they really spent—on credit. They bought land, mortgages, farms, speculative stocks, fine clothes, horses, and various other things, paid down the bonus, and made themselves liable for the rest—at ten days. Presently the sober second thought came, and Halliday noticed that a ghastly anxiety was beginning to show up in a good many faces. Again he was puzzled, and didn't know what to make of it. “The Wilcox kittens aren't dead, for they weren't born; nobody's broken a leg; there's no shrinkage in mother-in-laws; NOTHING has happened—it is an insolvable mystery.”

There was another puzzled man, too—the Rev. Mr. Burgess. For days, wherever he went, people seemed to follow him or to be watching out for him; and if he ever found himself in a retired spot, a member of the nineteen would be sure to appear, thrust an envelope privately into his hand, whisper “To be opened at the town-hall Friday evening,” then vanish away like a guilty thing. He was expecting that there might be one **claimant** for the sack—doubtful, however, Goodson being dead—but it never occurred to him that all this crowd might be claimants. When the great Friday came at last, he found that he had nineteen envelopes.

esperaban. Los hombres de esa clase no cuentan sus pollos antes de que estén incubados.

—Los Wilson planearon una grandiosa novedad: un baile de máscaras. No hicieron promesas concretas, sino que les dijeron confidencialmente a sus amistades que pensaban en el asunto y que seguramente lo harían, «y si lo hacemos, usted será invitado, desde luego». La gente se mostraba sorprendida y se decía: «Esos pobres Wilson están locos. No pueden permitírselo.» Algunas de las diecinueve esposas les dijeron en privado a sus maridos: «La idea es buena; esperaremos a que hayan dado ese baile de pacotilla y luego *nosotros* daremos otro que les causará vértigo.»

—Los días pasaron arrastrándose y la cuenta de los futuros derroches aumentó cada vez más, con creciente desenfreno, con aturdimiento y temeridad cada vez mayores. Parecía que los diecinueve ciudadanos prominentes de Hadleyburg no sólo gastarían sus cuarenta mil dólares antes de cobrarlos, sino que estarían realmente endeudados al tiempo de cobrarlos. En algunos casos la gente ligera de cascos no se conformaba con los proyectos de gastos, sino que realmente gastaba... a crédito. Compraba tierra, hipotecas, granjas, acciones para especular, buena ropa, caballos y otras varias cosas; pagaba al contado la seña... y se comprometía a pagar el resto a los diez días. Luego lo pensaron mejor y Halliday advirtió que una horrible ansiedad estaba empezando a aparecer en muchos rostros. Volvió a sentirse intrigado y no supo cómo interpretar aquello. «Los gatitos de Wilcox no han muerto, porque no han nacido, nadie se ha roto una pierna, no hay merma de suegras, *nada* ha ocurrido... El misterio es insoluble.»

—Había, asimismo, otro hombre intrigado: el reverendo Burgess. Por espacio de días, adondequiera que iba, la gente parecía seguirle o acecharle; y si se encontraba alguna vez en un sitio retirado, podía tener la seguridad de que aparecería uno de los diecinueve vecinos prominentes y le metería a hurtadillas en la mano un sobre y le murmuraría. «Para ser abierto en el Ayuntamiento el jueves por la noche», y desaparecería luego con aire culpable. Presumía que podía existir un reclamante de la talega —lo cual era dudoso, con todo, estando muerto Goodson—, pero nunca se le había ocurrido que toda aquella turba pudiese estar formada por reclamantes. Al llegar finalmente el gran jueves comprobó que tenía diecinueve sobres.

50

55

The town-hall had never looked finer. The platform at the end of it was backed by a showy draping of flags; at intervals along the walls were festoons of flags; the gallery fronts were clothed in flags; the supporting columns were swathed in flags; all this was to impress the stranger, for he would be there in considerable force, and in a large degree he would be connected with the press. The house was full. The 412 fixed seats were occupied; also the 68 extra chairs which had been packed into the aisles; the steps of the platform were occupied; some distinguished strangers were given seats on the platform; at the horseshoe of tables which fenced the front and sides of the platform sat a strong force of special correspondents who had come from everywhere. It was the best-dressed house the town had ever produced. There were some tolerably expensive toilets there, and in several cases the ladies who wore them had the look of being unfamiliar with that kind of clothes. At least the town thought they had that look, but the notion could have arisen from the town's knowledge of the fact that these ladies had never inhabited such clothes before.

The gold-sack stood on a little table at the front of the platform where all the house could see it. The bulk of the house gazed at it with a burning interest, a mouth-watering interest, a **wistful** and pathetic interest; a minority of nineteen couples gazed at it tenderly, lovingly, proprietarily, and the male half of this minority kept saying over to themselves the moving little impromptu speeches of thankfulness for the audience's applause and congratulations which they were presently going to get up and deliver. Every now and then one of these got a piece of paper out of his vest pocket and privately glanced at it to refresh his memory.

Of course there was a buzz of conversation going on—there always is; but at last, when the Rev. Mr. Burgess rose and laid his hand on the sack, he could hear his microbes gnaw, the place was so still. He related the curious history of the sack, then went on to speak in warm terms of Hadleyburg's old and well-earned reputation for spotless honesty, and of the town's just pride in this reputation. He said that this reputation was a treasure of priceless value; that under Providence its value had now become inestimably enhanced, for the recent episode had spread this fame far and wide, and thus had focussed the eyes of the American world upon this village, and made its name for all time, as he hoped and believed, a synonym for commercial incorruptibility. [Applause.] “And who is to be the guardian of this noble fame—the community as a whole? No! The responsibility is individual, not communal. From this day forth each and every one of you is in his own person its special guardian, and individually responsible that no harm shall come to it. Do you—does each of you—accept

El Ayuntamiento nunca había presentado un aspecto más lucido. En el fondo del estrado se veía una llamativa ornamentación de banderas. A intervalos, a lo largo de las paredes, había guirnaldas de banderas; el frente de las galerías estaba revestido de banderas y las columnas que las sostenían envueltas en banderas. Todo aquello tenía por objeto impresionar a los forasteros, porque acudirían en número considerable y la prensa se ocuparía del asunto. El salón estaba lleno. Los 412 asientos fijos ocupados, como las 68 butacas extras metidas en los pasillos. Los peldaños del estrado estaban ocupados. A algunos forasteros distinguidos, les habían dado asientos en el estrado. Junto a la herradura de mesas que cercaban el frente y los costados del estrado, se hallaba sentado un nutrido contingente de corresponsales especiales provenientes de todas partes. La concurrencia era la mejor vestida que nunca viera la ciudad. Había algunos tocados tolerablemente lujosos y, en algunos casos, las damas que los lucían parecían no estar familiarizadas con aquel género de vestidos. Al menos, así lo creía la ciudad, pero la idea quizá se debiera a que la ciudad sabía que aquellas damas nunca habían habitado aquellos vestidos.

La talega de oro se hallaba sobre una mesita en el primer plano del estrado, donde toda la [44] concurrencia pudiera verla. El grueso del público la contemplaba con apasionado interés, con tal interés, que se le hacía agua la boca: con un interés meditativo y patético. Una minoría de diecinueve parejas la contemplaba con ternura, amorosamente, con ojos de dueños, y la mitad masculina de esa minoría ensayaba los conmovedores discursitos de gratitud por los aplausos y felicitaciones del público, que dirían poco después al ponerse en pie. De vez en cuando uno de ellos extraía del bolsillo del chaleco un trocito de papel y le echaba un vistazo a hurtadillas para refrescar la memoria.

Desde luego se oía un zumbido de conversación; siempre lo hay en esas ocasiones. Finalmente, cuando el reverendo Burgess se puso en pie y apoyó la mano sobre la talega, se habría podido oír el roer de sus microbes, tal era el silencio reinante. Burgess narró la curiosa historia de la talega, luego prosiguió hablando con calurosas palabras de la antigua y bien ganada reputación de Hadleyburg por su immaculada honestidad y del legítimo orgullo de la ciudad a causa de tal reputación. Dijo que dicha fama era un tesoro de inestimable valor, que merced a la Providencia ese valor se había acrecentado ahora considerablemente, ya que el nuevo suceso había difundido su fama por todas partes y atraído así los ojos del mundo americano sobre la ciudad y convertido el nombre de Hadleyburg, para siempre —así lo esperaba y creía— en sinónimo de incorruptibilidad comercial (*Aplausos*). «¿Y quién ha de ser el guardián de ese noble tesoro? ¿Toda la comunidad? ¡No! A partir de hoy cada uno de ustedes es su guardián especial e individualmente responsable de que ese tesoro no sufrirá menoscabo alguno. ¿Aceptarán ustedes, acepta cada uno de ustedes, esa gran misión? (*Tumultuoso asentimiento*.) Entonces, todo va bien.

this great trust? [Tumultuous assent.] Then all is well. Transmit it to your children and to your children's children. To-day your purity is beyond reproach—see to it that it shall remain so. To-day there is not a person in your community who could be **beguiled** to touch a penny not his own—see to it that you **abide** in this grace. [“We will! we will!”] This is not the place to make comparisons between ourselves and other communities—some of them ungracious towards us; they have their ways, we have ours; let us be content. [Applause.] I am done. Under my hand, my friends, rests a stranger's eloquent recognition of what we are; through him the world will always henceforth know what we are. We do not know who he is, but in your name I utter your gratitude, and ask you to raise your voices in indorsement.”

The house rose in a body and made the walls quake with the thunders of its thankfulness for the space of a long minute. Then it sat down, and Mr. Burgess took an envelope out of his pocket. The house held its breath while he slit the envelope open and took from it a slip of paper. He read its contents—slowly and impressively—the audience listening with tranced attention to this magic document, each of whose words stood for an ingot of gold:

“The remark which I made to the distressed stranger was this: “You are very far from being a bad man; go, and reform.”” Then he continued:—“We shall know in a moment now whether the remark here quoted corresponds with the one concealed in the sack; and if that shall prove to be so—and it undoubtedly will—this sack of gold belongs to a fellow-citizen who will henceforth stand before the nation as the symbol of the special virtue which has made our town famous throughout the land—Mr. Billson!”

The house had gotten itself all ready to burst into the proper tornado of applause; but instead of doing it, it seemed stricken with a paralysis; there was a deep hush for a moment or two, then a wave of whispered murmurs swept the place—of about this tenor: “BILLSON! oh, come, this is TOO thin! Twenty dollars to a stranger—**or ANYBODY**—BILLSON! Tell it to the marines!” And now at this point the house caught its breath all of a sudden in a new access of astonishment, for it discovered that whereas in one part of the hall Deacon Billson was standing up with his head weekly bowed, in another part of it Lawyer Wilson was doing the same. There was a wondering silence now for a while. Everybody was puzzled, and nineteen couples were surprised and indignant.

Billson and Wilson turned and stared at each other. Billson asked, bitingly:

“Why do YOU rise, Mr. Wilson?”

Transmítanla a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Hoy la pureza de ustedes está por encima de todo reproche: cuiden de que siga estándolo. Hoy no hay en esta comunidad una sola persona que pueda ser inducida a tocar un penique ajeno: cuiden de morar en esa gracia. (*¡Cuidaremos de ello! ¡Cuidaremos de ello!*) Esta no es la oportunidad indicada para establecer comparaciones entre nosotros y las demás ciudades, algunas poco amables con nosotros. Ellas tienen sus costumbres y nosotros las nuestras. Démonos por satisfechos. (*Aplausos.*) He terminado. Bajo mi mano, amigos míos, reposa el elocuente reconocimiento de lo que significamos, hecho por un forastero: merced a su intervención, el mundo sabrá siempre qué somos a partir de este momento. No sabemos quién es él, pero en nombre de ustedes le expreso nuestra gratitud y les pido que alcen su voz para confirmarlo.»

—La concurrencia se levantó como un solo hombre e hizo trepidar los muros con los truenos de su gratitud durante un largo minuto. Luego se sentó, y el señor Burgess sacó un sobre del bolsillo. La concurrencia contuvo el aliento mientras Burgess rasgaba el sobre y extraía de él una hojita de papel. Leyó su contenido, con tono lento y solemne, mientras el auditorio escuchaba con extática atención aquel documento mágico. Cada una de sus palabras valía un lingote de oro:

—«*La observación que le hice a aquel atribulado forastero fue: Usted dista mucho de ser un mal hombre; vaya y refórmese.*» [46] Luego continuó: —Dentro de un momento sabremos si la observación aquí citada corresponde a la oculta en la talega, y si resulta ser así —y así será, indudablemente— esta talega de oro le corresponderá a un conciudadano que será desde ahora para esta nación el símbolo de la virtud que ha dado fama a nuestra ciudad en el país. ¡El señor Billson!

La concurrencia se había aprestado a desencadenar la debida tempestad de aplausos, pero en vez de hacerlo pareció afectada por una parálisis. Luego, durante unos instantes, reinó un profundo silencio seguido de una ola de murmullos que recorrió el salón. Todos ellos eran de este tenor: «¡Billson! ¡Oh! ¡Vamos! ; Eso es *demasiado* inverosímil! ¡Billson dándole veinte dólares a un forastero... *o a cualquiera!* ¡A otro con ese cuento! » A esta altura la concurrencia contuvo repentinamente el aliento en un nuevo acceso de sorpresa al descubrir que, mientras que en un extremo del salón el diácono Billson se había puesto en pie con la cabeza abatida en gesto de mansedumbre, el abogado Wilson estaba haciendo otro tanto en el otro extremo. Durante algún tiempo reinó un silencio de asombro. Todos estaban intrigados y diecinueve parejas se sentían sorprendidas e indignadas.

—Billson y Wilson se volvieron y se miraron fijamente. Billson preguntó con tono áspero:

—¿Por qué se levanta *usted*, señor Wilson?

“Because I have a right to. Perhaps you will be good enough to explain to the house why YOU rise.”

—Porque tengo derecho a hacerlo. ¿Quizá tenga *usted* la gentileza de explicarle al público por qué se ha levantado?

“With great pleasure. Because I wrote that paper.” 5

—Con sumo placer. Porque fui yo quien escribí ese papel.

“It is an impudent falsity! I wrote it myself.”

—¡Impúdica falsedad! Lo escribí yo.

It was Burgess's turn to be paralysed. He stood looking vacantly at first one of the men and then the other, and did not seem to know what to do. The house was stupefied. Lawyer Wilson spoke up now, and said:

—Esta vez le tocó a Burgess quedarse petrificado. Se quedó mirando alternativamente a uno y otro reclamantes con los ojos en blanco, y al parecer no sabía qué hacer. La concurrencia estaba estupefacta. Finalmente el abogado Wilson habló y dijo:

“I ask the Chair to read the name signed to that paper.” 15

—Le pido a la presidencia que lea el nombre con que está firmado ese papel.

That brought the Chair to itself, and it read out the name:

—Esto hizo reaccionar a la presidencia, que leyó el nombre:

“John Wharton BILLSON.” 20

—«John Wharton *Billson*.»

“There!” shouted Billson, “what have you got to say for yourself now? And what kind of apology are you going to make to me and to this insulted house for the imposture which you have attempted to play here?” 25

—¡Eso es! —gritó Billson—. ¿Qué puede usted decir ahora? Y qué clase de excusas nos ofrecerá a mí y a este agraviado público por la impostura que ha tratado de representar aquí?

“No apologies are due, sir; and as for the rest of it, I publicly charge you with pilfering my note from Mr. Burgess and substituting a copy of it signed with your own name. There is no other way by which you could have gotten hold of the test-remark; I alone, of living men, possessed the secret of its wording.” 30

—No les debo excusa alguna, señor. Y en cuanto a lo demás, le acuso públicamente de haberle robado mi carta al señor Burgess y de haberla substituido por una copia firmada con su propio nombre. Es imposible que usted haya sabido en otra forma la observación-prueba: sólo yo, entre todos los seres vivientes, poseía el secreto de la frase.

There was likely to be a scandalous state of things if this went on; everybody noticed with distress that the shorthand scribes were scribbling like mad; many people were crying “Chair, chair! Order! order!” Burgess **rapped** with his gavel, and said: 35

—Las cosas prometían tomar un cariz escandaloso si esto proseguía así: todos advirtieron con aflicción que los taquígrafos estaban garabateando con loco frenesí, y muchos gritaron:

—¡Presidencia! ¡Presidencia! ¡Orden! ¡Orden! Burgess **descargó un golpe** con su maza, y dijo:

“Let us not forget the proprieties due. There has evidently been a mistake somewhere, but surely that is all. If Mr. Wilson gave me an envelope—and I remember now that he did—I still have it.” 40

—No olvidemos la debida corrección. Evidentemente ha habido un error en alguna parte, pero con seguridad sólo se trata de eso. Si el señor Wilson me ha dado un sobre —y ahora recuerdo que me lo dio— lo tengo aún.

He took one out of his pocket, opened it, glanced at it, looked surprised and worried, and stood silent a few moments. Then he waved his hand in a wandering and mechanical way, and made an effort or two to say something, then gave it up, **despondently**. Several voices cried out: 45

[48] El reverendo Burgess sacó un sobre del bolsillo, le abrió, le miró fugazmente, reveló sorpresa e inquietud y permaneció en silencio durante unos instantes. Luego agitó la mano de un modo vago y mecánico e hizo un par de esfuerzos por decir algo, pero renunció a hacerlo, **con aire desalentado**. Varias voces gritaron:

“Read it! read it! What is it?”

—¡Léalo! ¡Léalo! ¿Qué dice?

So he began, in a dazed and sleep-walker fashion: 55

—De modo que el reverendo empezó, con aire aturdido y sonámbulo:

““The remark which I made to the unhappy

—«*La observación que le hice al desdichado forastero*

stranger was this: "You are far from being a bad man. [The house gazed at him marvelling.] Go, and reform." [Murmurs: "Amazing! what can this mean?"] This one," said the Chair, "is signed Thurlow G. Wilson."

"There!" cried Wilson, "I reckon that settles it! I knew perfectly well my note was purloined."

"Purloined!" retorted Billson. "I'll let you know that neither you nor any man of your kidney must venture to—"

The Chair: "Order, gentlemen, order! Take your seats, both of you, please."

They obeyed, shaking their heads and grumbling angrily. The house was profoundly puzzled; it did not know what to do with this curious emergency. Presently Thompson got up. Thompson was the hatter. He would have liked to be a Nineteener; but such was not for him; his stock of hats was not considerable enough for the position. He said:

"Mr. Chairman, if I may be permitted to make a suggestion, can both of these gentlemen be right? I put it to you, sir, can both have happened to say the very same words to the stranger? It seems to me—"

The tanner got up and interrupted him. The tanner was a disgruntled man; he believed himself entitled to be a Nineteener, but he couldn't get recognition. It made him a little unpleasant in his ways and speech. Said he:

"Sho, THAT'S not the point! THAT could happen— twice in a hundred years—but not the other thing. NEITHER of them gave the twenty dollars!" [A ripple of applause.]

Billson. "I did!"

Wilson. "I did!"

Then each accused the other of pilfering.

The Chair. "Order! Sit down, if you please—both of you. Neither of the notes has been out of my possession at any moment."

A Voice. "Good—that settles THAT!"

The Tanner. "Mr. Chairman, one thing is now plain: one of these men has been eavesdropping under the other one's bed, and **filching [stealing]** family secrets. If it is not unparliamentary to suggest it, I will remark that both

fue ésta: Usted dista de ser un mal hombre. (La concurrencia lo miró, maravillada) Vaya y refórmese.» (Murmillos: «¡Asombroso! ¿Qué quiere decir esto?»)

—Esta carta —manifestó el presidente— está firmada por
5 Thurlow G. Wilson.

—¡Eso es! —exclamó Wilson—. ¡Supongo que eso lo soluciona todo! Yo sabía perfectamente que mi carta había sido robada.

10 —¡Robada! —replicó Billson—. Le advierto que ni usted ni ningún hombre de su temperamento debe arriesgarse a...

EL PRESIDENTE.—¡Orden, caballeros! ¡Orden! Les ruego que se sienten.

—Ambos reclamantes obedecieron, meneando la cabeza y gruñendo irritados. El público estaba profundamente intrigado; no sabía cómo explicarse aquel curioso suceso. A poco se puso en pie Thompson. Thompson era el sembrerero. Le habría gustado ser uno de los diecinueve ciudadanos prominentes, pero tal destino no era para él. Sus existencias de sombreros no bastaban para asegurarle semejante posición.
25 Y dijo:

—Señor presidente, permítaseme una sugestión... ¿No podrían estar en lo cierto ambos caballeros? Le sugiero esto... ¿No podrían ambos haberle dicho casualmente las
30 mismísimas palabras al forastero? Me parece que...

El curtidor se puso en pie y le interrumpió. El curtidor era un hombre amargado; se creía con títulos para figurar entre los diecinueve prominentes, pero no podía conseguir que le reconocieran, lo que le volvía algo desagradable en sus modales y en su manera de hablar. Dijo:

—¡Vamos, no se trata de *eso!* *Eso* pudo haber ocurrido —dos veces en cien años—, pero no lo otro. ¡*Ninguno* de ellos dio los veinte dólares!
(*Un estallido de aplausos.*)

BILLSON.— ¡Yo los di!

45 Wilson,—¡Yo los di!

Luego se acusaron mutuamente de robo.

EL PRESIDENTE.—¡Orden! Les ruego que se sienten. Ninguna de las cartas ha estado fuera de mis bolsillos ni un momento.

UNA VOZ.—Bueno... ¡*Eso* queda solucionado!

—El curtidor.—Señor presidente, hay algo de toda evidencia: uno de esos hombres ha estado fisgando bajo la cama del otro y robando secretos de familia. Si la insinuación no es antiparlamentaria, haré notar que ambos son capaces

are equal to it. [The Chair. "Order! order!"] I withdraw the remark, sir, and will confine myself to suggesting that IF one of them has overheard the other reveal the test-remark to his wife, we shall catch him now."

A Voice. "How?"

The Tanner. "Easily. The two have not quoted the remark in exactly the same words. You would have noticed that, if there hadn't been a considerable stretch of time and an exciting quarrel inserted between the two readings."

A Voice. "Name the difference."

The Tanner. "The word VERY is in Billson's note, and not in the other."

Many Voices. "That's so—he's right!"

The Tanner. "And so, if the Chair will examine the test-remark in the sack, we shall know which of these two frauds—[The Chair. "Order!"]—which of these two adventurers—[The Chair. "Order! order!"]—which of these two gentlemen—[laughter and applause]—is entitled to wear the belt as being the first dishonest **blatherskite [fanfarrones]** ever bred in this town—which he has dishonoured, and which will be a **sultry** place for him from now out!" [Vigorous applause.]

Many Voices. "Open it!—open the sack!"

Mr. Burgess made a slit in the sack, slid his hand in, and brought out an envelope. In it were a couple of folded notes. He said:

"One of these is marked, 'Not to be examined until all written communications which have been addressed to the Chair—if any—shall have been read.' The other is marked 'THE TEST.' Allow me. It is worded—to wit:

"I do not require that the first half of the remark which was made to me by my benefactor shall be quoted with exactness, for it was not striking, and could be forgotten; but its closing fifteen words are quite striking, and I think easily rememberable; unless THESE shall be accurately reproduced, let the applicant be regarded as an impostor. My benefactor began by saying he seldom gave advice to anyone, but that it always bore the hallmark of high value when he did give it. Then he said this—and it has never faded from my memory: 'YOU ARE FAR FROM BEING A BAD MAN-'"

Fifty Voices. "That settles it—the money's Wilson's! Wilson! Wilson! Speech! Speech!"

de ello. (El presidente: ¡Orden! ¡Orden!) Retiro la insinuación, señor, y me limitaré a sugerir que si uno de ellos ha espiado al otro al revelarle éste la observación-prueba a su esposa, podemos descubrirlo ahora.

[50] UNA VOZ.—¿Cómo?

EL CURTIDOR.—Fácilmente. Ninguno de los dos ha citado la observación con palabras exactamente iguales. Ustedes lo habrían notado de no haber mediado un considerable espacio de tiempo y una excitante riña entre ambas lecturas.

UNA VOZ.—Diga la diferencia.

EL CURTIDOR.—La palabra *mucho* está en la carta de Billson y no figura en la otra.

MUCHAS VOCES.—Eso es... ¡Tiene, razón!

EL CURTIDOR.—Y por lo tanto, si la presidencia se sirve examinar la observación-prueba de la talega, sabremos cuál de estos dos impostores... (El presidente: ¡Orden! ¡Orden!)..., cuál de estos dos aventureros... (El presidente: ¡Orden! ¡Orden!)..., cuál de estos dos caballeros... (*Risas y aplausos*) tiene derecho a ostentar el título de primer fanfarrón deshonesto jamás criado en esta ciudad..., ¡a la cual ha deshonrado y que será desde ahora para él un sitio sofocante! (*Vigorous aplausos.*)

MUCHAS VOCES.—¡Ábrala! ¡Abra la talega!

El reverendo Burgess rasgó la talega, metió la mano en ella y sacó un sobre. En él se hallaban dos cartas dobladas. El reverendo dijo:

—Una de estas cartas ostenta la frase: «No deberá ser examinada mientras no se hayan leído todas las comunicaciones escritas que hayan sido dirigidas a la presidencia, si las hubiere». Sobre [50] la otra carta, hay la indicación: *Prueba*. Con permiso de ustedes. La carta dice:

—«Yo no exijo que la primera mitad de la observación de mi benefactor sea repetida con toda exactitud, porque no era muy notable y puede haber sido olvidada, pero sus quince palabras finales sí que son notables y las creo fáciles de recordar, y a menos que *éstas* sean reproducidas con exactitud, el reclamante deberá ser considerado un impostor. Mi benefactor empezó por decir que él rara vez daba un consejo, pero agregó que, cuando le daba, el consejo ostentaba siempre el sello de una alta calidad. Luego dijo esto..., que nunca se ha esfumado de mi memoria: «Usted dista de ser un mal hombre...»

CINCUENTA VOCES.—ESO lo soluciona todo. ¡El dinero es de Wilson! ¡Wilson! ¡Wilson! ¡Que hable! ¡Que hable!

People jumped up and crowded around Wilson, wringing his hand and congratulating fervently—meantime the Chair was hammering with the gavel and shouting:

“Order, gentlemen! Order! Order! Let me finish reading, please.” When quiet was restored, the reading was resumed—as follows:

“GO, AND REFORM—OR, MARK MY WORDS—SOME DAY, FOR YOUR SINS YOU WILL DIE AND GO TO HELL OR HADLEYBURG—TRY AND MAKE IT THE FORMER.”

A ghastly silence followed. First an angry cloud began to settle darkly upon the faces of the citizenship; after a pause the cloud began to rise, and a tickled expression tried to take its place; tried so hard that it was only kept under with great and painful difficulty; the reporters, the Brixtonites, and other strangers bent their heads down and shielded their faces with their hands, and managed to hold in by main strength and heroic courtesy. At this most inopportune time burst upon the stillness the roar of a solitary voice—Jack Halliday’s:

“THAT’S got the hall-mark on it!”

Then the house let go, strangers and all. Even Mr. Burgess’s gravity broke down presently, then the audience considered itself officially absolved from all restraint, and it made the most of its privilege. It was a good long laugh, and a tempestuously wholehearted one, but it ceased at last—long enough for Mr. Burgess to try to resume, and for the people to get their eyes partially wiped; then it broke out again, and afterward yet again; then at last Burgess was able to get out these serious words:

“It is useless to try to disguise the fact—we find ourselves in the presence of a matter of grave import. It involves the honour of your town—it strikes at the town’s good name. The difference of a single word between the test-remarks offered by Mr. Wilson and Mr. Billson was itself a serious thing, since it indicated that one or the other of these gentlemen had committed a theft—”

The two men were sitting limp, nerveless, **crushed**; but at these words both were electrified into movement, and started to get up.

“Sit down!” said the Chair, sharply, and they obeyed. “That, as I have said, was a serious thing. And it was—but for only one of them. But the matter has become graver; for the honour of BOTH

Todos se levantaron de un salto y se agolparon alrededor de Wilson, estrujándole la mano y felicitándolo con fervor, mientras el presidente descargaba golpes con su maza y gritaba:

—¡Orden, cacballeros! ¡Orden! ¡Orden! Permítanme que termine de leer, por favor.

Al restablecerse el silencio, se reanudó la lectura, oyéndose lo siguiente:

—«Vaya y refórmese, o bien —recuerde mis palabras—, algún día, por sus pecados, morirá e irá a dar al infierno o a Hadleyburg... TRATE DE QUE SEA AL SITIO MENCIONADO EN PRIMER TÉRMINO.»

Hubo un silencio espantoso. Primero, sobre los rostros de los ciudadanos comenzó a cernirse una [52] nube de enojo; después de una pausa, la nube empezó a disiparse y una expresión divertida trató de ocupar su sitio y lo intentó con tal esfuerzo, que ello sólo pudo evitarse con grande y penosa dificultad. Los reporteros, los nativos de Brixton y demás forasteros abatieron sus cabezas y protegieron sus rostros con las manos y lograron contenerse a base de mucho esfuerzo y heroica cortesía. En este inoportuno momento estalló en medio del silencio el bramido de una voz solitaria, la de Jack Halliday:

—¡Esto sí que lleva el sello de la alta calidad!

Entonces la concurrencia, inclusive los forasteros, soltó el trapo. Hasta la gravedad del señor Burgess se desmoronó en el acto y entonces el público se consideró oficialmente libre de toda contención y usó su privilegio al máximo. Fue una buena y prolongada tanda de risas y de risas tempestuosamente sinceras, pero que cesó por fin, durando lo bastante para que el señor Burgess intentara reanudar su discurso y para que la gente se secara parcialmente los ojos. Luego, por fin, Burgess pudo proferir estas graves palabras:

Es inútil que tratemos de disimular el hecho. Nos encontramos en presencia de un asunto de gran importancia. Está en juego el honor de nuestra ciudad, el buen nombre de nuestra ciudad. La diferencia de una sola palabra entre las observaciones-pruebas propuestas por los señores Wilson y Billson era en sí algo serio, ya que indicaba que uno u otro de estos caballeros había cometido un robo...

Los dos hombres aludidos estaban sentados en actitud laxa, enervados, aplastados; pero al [53] oír estas palabras se movieron como electrizados e hicieron ademán de levantarse...

—¡Siéntense! —dijo el presidente con aspereza; ambos obedecieron—. Eso, como acabo de decir, era cosa seria. Y lo era..., pero sólo para uno de ellos. Con todo, el asunto ha tomado un cariz más grave, porque ahora el honor de *ambos*

is now in formidable peril. Shall I go even further, and say in inextricable peril? BOTH left out the crucial fifteen words." He paused. During several moments he allowed the pervading stillness to gather and deepen its impressive effects, then added: "There would seem to be but one way whereby this could happen. I ask these gentlemen— Was there COLLUSION?—AGREEMENT?"

A low murmur sifted through the house; its import was, "He's got them both."

Billson was not used to emergencies; he sat in a helpless collapse. But Wilson was a lawyer. He struggled to his feet, pale and worried, and said:

"I ask the indulgence of the house while I explain this most painful matter. I am sorry to say what I am about to say, since it must inflict irreparable injury upon Mr. Billson, whom I have always esteemed and respected until now, and in whose invulnerability to temptation I entirely believed—as did you all. But for the preservation of my own honour I must speak—and with frankness. I confess with shame—and I now beseech [beg] your pardon for it—that I said to the ruined stranger all of the words contained in the test-remark, including the disparaging fifteen. [Sensation.] When the late publication was made I recalled them, and I resolved to claim the sack of coin, for by every right I was entitled to it. Now I will ask you to consider this point, and weigh it well; that stranger's gratitude to me that night knew no bounds; he said himself that he could find no words for it that were adequate, and that if he should ever be able he would repay me a thousandfold. Now, then, I ask you this; could I expect—could I believe—could I even remotely imagine—that, feeling as he did, he would do so ungrateful a thing as to add those quite unnecessary fifteen words to his test?—set a trap for me?—expose me as a slanderer of my own town before my own people assembled in a public hall? It was preposterous; it was impossible. His test would contain only the kindly opening clause of my remark. Of that I had no shadow of doubt. You would have thought as I did. You would not have expected a base betrayal from one whom you had befriended and against whom you had committed no offence. And so with perfect confidence, perfect trust, I wrote on a piece of paper the opening words—ending with "Go, and reform,"—and signed it. When I was about to put it in an envelope I was called into my back office, and without thinking I left the paper lying open on my desk." He stopped, turned his head slowly toward Billson, waited a moment, then added: "I ask you to note this; when I returned, a little latter, Mr. Billson was retiring by my street door." [Sensation.]

corre formidable peligro. ¿Debo ir más allá aún y decir que se trata de un peligro inextricable? Ambos han dejado fuera del papel las quince palabras críticas.

El reverendo hizo una pausa. Dejó que durante unos instantes el silencio que todo lo impregnaba se espesara y aumentase sus solemnes efectos y agregó:

—Aparentemente esto sólo puede haber ocurrido de una manera. Yo les pregunto a estos caballeros: ¿Ha habido entre ellos *colusión... acuerdo?*

Un suave murmullo se insinuó entre el público; su significado era: «Los ha acorralado a ambos».

Billson no estaba habituado a los casos de apuro; permanecía sentado en un colapso de desamparo. Pero Wilson era abogado. Se puso en pie con esfuerzo, pálido y afligido, y dijo:

—Solicito la indulgencia del público mientras explico este penoso asunto. Lamento decir lo que voy a decir, puesto que ha de infligir un irreparable agravio al señor Billson, a quien he estimado y respetado siempre hasta ahora, y en cuya invulnerabilidad a la tentación creí siempre a pie juntillas... como todos ustedes. Pero debo hablar en defensa de mi propio honor... y con franqueza. Confieso avergonzado —y les suplico me perdonen— que le dije al forastero arruinado todas [54] las palabras contenidas en la observación-prueba, inclusive las quince despectivas. (*Sensación*) Cuando se hizo la reciente publicación las recordé y resolví reclamar la talega de dinero, ya que me consideraba con derecho a ella desde todos los puntos de vista. Ahora les pido a ustedes que tengan en cuenta este punto y lo mediten bien: que la gratitud del forastero para mí esa noche no tenía límites, que él mismo manifestó no hallar palabras adecuadas para expresarla y que, si podía hacerlo, me devolvería algún día el favor centuplicado. Y bien... Ahora les pregunto: ¿Podía esperar..., podía creer..., podía siquiera imaginar remotamente que, dados tales sentimientos, ese hombre cometería un acto tan desagradecido como de agregar a su prueba las quince palabras completamente innecesarias, tendiéndome una celada, haciéndome aparecer como difamador de mi propia ciudad ante mis propios convecinos reunidos en un salón público? Era absurdo, era imposible. Su prueba contendría solamente la bondadosa cláusula inicial de mi observación. Yo no dudaba lo más mínimo. Ustedes habrían pensado lo mismo en mi lugar. No habrían esperado tan vil traición de un hombre a quien protegieran y a quien no agraviaran en modo alguno. Y por eso, con perfecta confianza, con perfecta buena fe, escribí sobre un trozo de papel las palabras iniciales, terminando con «Vaya y refórmese», y las firmé. Cuando me disponía a poner la carta en un sobre, me llamaron a mi oficina de fondos y, sin pensarlo, dejé la carta abierta sobre mi escritorio.

Wilson se detuvo, volvió lentamente la cabeza hacia Billson, esperó un momento y agregó: —Les pido que tomen nota de esto: cuando volví, poco después, el señor Billson salía por mi puerta de la calle. (*Sensación.*)

In a moment Billson was on his feet and shouting:

“It’s a lie! It’s an infamous lie!”

The Chair. “Be seated, sir! Mr. Wilson has the floor.”

Billson’s friends pulled him into his seat and quieted him, and Wilson went on:

“Those are the simple facts. My note was now lying in a different place on the table from where I had left it. I noticed that, but attached no importance to it, thinking a draught had blown it there. That Mr. Billson would read a private paper was a thing which could not occur to me; he was an honourable man, and he would be above that. If you will allow me to say it, I think his extra word ‘VERY’ stands explained: it is attributable to a defect of memory. I was the only man in the world who could furnish here any detail of the test-mark—by HONOURABLE means. I have finished.”

There is nothing in the world like a persuasive speech to fuddle the mental apparatus and upset the convictions and **debauch** the emotions of an audience not practised in the tricks and delusions of oratory. Wilson sat down victorious. The house submerged him in tides of approving applause; friends swarmed to him and shook him by the hand and congratulated him, and Billson was shouted down and not allowed to say a word. The Chair hammered and hammered with its gavel, and kept shouting:

debauch 1 vtr seducir (mujer) 2 tr corromper 3 vtr viciar 4 vtr pervertir

“But let us proceed, gentlemen, let us proceed!”

At last there was a measurable degree of quiet, and the hatter said:

“But what is there to proceed with, sir, but to deliver the money?”

Voices. “That’s it! That’s it! Come forward, Wilson!”

The Hatter. “I move three cheers for Mr. Wilson, Symbol of the special virtue which—”

The cheers burst forth before he could finish; and in the midst of them—and in the midst of the clamour of the gavel also—some enthusiasts mounted Wilson on a big friend’s shoulder and were going to fetch him in triumph to the platform. The Chair’s voice now rose above the noise:

“Order! To your places! You forget that there is still a document to be read.” When quiet had been restored he

Instantáneamente Billson se puso en pie y vociferó:

—¡Es mentira! ¡Es una mentira infame!

EL PRESIDENTE.—¡Siéntese, señor! El señor Wilson tiene la palabra.

Los amigos de Billson lo obligaron a sentarse y le calmaron. Wilson prosiguió:

—Estos son los hechos escuetos. Mi carta se hallaba colocada sobre un lugar distinto del escritorio cuando volví. Noté el hecho, pero no le atribuí importancia, creyendo que la había cambiado de sitio una corriente de aire. No podía ocurrírseme que el señor Billson leyera una carta privada: se trataba de un hombre honorable y debía de estar por encima de eso. Permítanme observar que su palabra extra, *mucho*, se explica perfectamente: cabe atribuirle a un defecto de memoria. Yo era el único hombre del mundo que podía proporcionar aquí los detalles de la observación-prueba con medios *honrosos*. He terminado.

Nada hay de más adecuado en el mundo que un discurso persuasivo para confundir la máquina mental y trastornar las convicciones y **seducir** las emociones de un público inexperto en las tretas y engaños de la oratoria. Wilson se sentó victorioso. La concurrencia lo anegó bajo oleadas de aprobatorios aplausos; los amigos le rodearon en enjambre y le estrecharon la mano y le felicitaron. A Billson le obligaron a callar a gritos y no se le permitió decir una sola palabra. El presidente descargó golpes y más golpes con su maza y no hizo más que gritar:

—[56] —Pero... ¡Permítannos proseguir, caballeros! ¡Permítannos proseguir!

Finalmente, hubo un relativo silencio y el sombrero dijo:

—Pero... ¿qué otra cosa queda por hacer, señor, sino entregar el dinero?

Voces.—¡Eso es! ¡Eso! ¡Adelántese, Wilson!

EL SOMBRERERO.—Pido tres vítores para el señor Wilson, símbolo de la especial virtud que...

Los vítores estallaron antes de que el sombrero pudiese terminar, y en medio de los vítores —y también del clamor de la masa— varios entusiastas subieron a Wilson sobre el hombro de un corpulento amigo y se dispusieron a llevarle en triunfo al estrado. Entonces la voz del presidente se elevó por encima del tumulto...

—¡Orden! ¡Cada uno a su sitio! Ustedes olvidan que falta aún por leer un documento.

Cuando se hubo restablecido el silencio, el reverendo tomó

took up the document, and was going to read it, but laid it down again saying "I forgot; this is not to be read until all written communications received by me have first been read." He took an envelope out of his pocket, removed its enclosure, glanced at it—seemed astonished—held it out and gazed at it—stared at it.

Twenty or thirty voices cried out

"What is it? Read it! read it!"

And he did—slowly, and wondering:

"The remark which I made to the stranger— [Voices. "Hello! how's this?"]—was this: 'You are far from being a bad man. [Voices. "Great Scott!"] Go, and reform.'" [Voice. "Oh, saw my leg off!"] Signed by Mr. Pinkerton the banker."

The pandemonium of delight which turned itself loose now was of a sort to make the judicious weep. Those whose withers were unwrung laughed till the tears ran down; the reporters, in throes of laughter, set down disordered pot-hooks which would never in the world be decipherable; and a sleeping dog jumped up scared out of its wits, and barked itself crazy at the turmoil. All manner of cries were scattered through the din: "We're getting rich—TWO Symbols of Incorruptibility!—without counting Billson!" "THREE!—count Shadbelly in—we can't have too many!" "All right—Billson's elected!" "Alas, poor Wilson! victim of TWO thieves!"

A Powerful Voice. "Silence! The Chair's fished up something more out of its pocket."

Voices. "Hurrah! Is it something fresh? Read it! read! read!"

The Chair [reading]. "'The remark which I made,' etc. 'You are far from being a bad man. Go,' etc. Signed, 'Gregory Yates.'"

Tornado of Voices. "Four Symbols!" "'Rah for Yates!" "Fish again!"

The house was in a roaring humour now, and ready to get all the fun out of the occasion that might be in it. Several Nineteeners, looking pale and distressed, got up and began to work their way towards the aisles, but a score of shouts went up:

"The doors, the doors—close the doors; no Incorruptible shall leave this place! Sit down, everybody!" The mandate was obeyed.

el documento y se disponía ya a leerlo, pero lo abandonó nuevamente, diciendo:

—Lo olvidaba... Esto no debe leerse mientras no se hayan leído todas las comunicaciones escritas recibidas por mí.

Burgess sacó un sobre del bolsillo, extrajo su contenido, arrojó sobre él una rápida mirada, pareció sorprendido y se quedó contemplándole fijamente.

10 —Veinte o treinta voces gritaron:

—¿Qué dice ese papel? ¡Léalo! ¡Léalo!

15 Y el reverendo Burgess lo leyó... lentamente y con tono vacilante:

—«La observación que le hice al forastero (VOCES.—«j Eh! ¿Qué es eso?») fue la siguiente:

—«Usted dista de ser un mal hombre. (VocEs.— «¡Santo Dios! ») Vaya y refórmese». (UNA voz.«¡Que me condenen! ») Firmado por el señor Pinkerton, el banquero».

El pandemonio de placer que se desató entonces fue de los que pueden arrancarles lágrimas a los más sosegados. Los que carecían de puntos vulnerables rieron hasta que les saltaron las lágrimas; los reporteros, en espasmos de risa, anotaron garabatos indescifrables y un perro dormido se levantó de un salto, asustadísimo, y ladró con frenesí ante el tumulto. A través del estrépito, oíanse toda clase de gritos: «¡Nos estamos enriqueciendo! ¡Dos símbolos de la incorruptibilidad! ¡Eso, sin contar a Billson! ¡Tres! ¡Cuenten a Shadbelly! ¡Nunca sobran! » «¡Muy bien! ¡Se elige a Billson! » «¡Ay! ¡Pobre Wilson, víctima de dos ladrones! »

35

UNA VOZ POTENTE. — ¡Silencio! El presidente acaba de sacar algo más del bolsillo.

40 VOCES.— ¡Hurra! ¿Algo nuevo? ¡Léalo! ¡Léalo! ¡Léalo!

EL PRESIDENTE (*Leyendo*). — «La observación que hice...», etcétera. «Usted dista de ser un mal hombre. Vaya...», etcétera. Firmado.. «Gregory Yates».

45

TEMPESTAD DE VOCES.— ¡Cuatro símbolos! ¡Hurra por Yates! ¡Saque otro!

En el salón reinaba ahora un buen humor tormentoso y pronto a disfrutar de todo el placer que pudiese brindar la oportunidad. Varios de los diecinueve ciudadanos prominentes, con aire pá[58]lido y afligido, se pusieron en pie y empezaron a abrirse camino hacia los pasillos, pero se oyeron numerosos gritos:

55

— ¡Las puertas, las puertas! ¡Cierren las puertas! ¡Que no salga ninguno de los incorruptibles! ¡Que se sienten todos! El mandato fue obedecido.

“Fish again! Read! read!” —¡Saque otro! ¡Léalo! ¡Léalo!

The Chair fished again, and once more the familiar words began to fall from its lips—”You are far from being a bad man—” —El presidente volvió a sacar un sobre y brotaron nuevamente las familiares palabras... «Usted dista de ser un mal hombre».

“Name! name! What’s his name?” —¡El nombre! ¡El nombre!

“L. Ingoldsby Sargent.” 10 —L. Ingoldsby Sargent.

“Five elected! Pile up the Symbols! Go on, go on!” —¡Cinco electos! ¡Aumentan los símbolos! ¡Adelante, adelante!

“You are far from being a bad—” —«Usted dista de ser...»

“Name! name!” 15 —¡El nombre! ¡El nombre!

“Nicholas Whitworth.” —Nicolás Whitworth.

“Hooray! hooray! it’s a symbolical day!” 20 —¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hoy es un día de símbolos!

Somebody wailed in, and began to sing this rhyme (leaving out “it’s”) to the lovely “Mikado” tune of “When a man’s afraid of a beautiful maid;” the audience joined in, with joy; then, just in time, somebody contributed another line - 25 Alguien comenzó a cantar estas palabras con la bonita música de la melodía «Cuando un hombre tiene miedo, una hermosa doncella...», de la opereta *El Micado*. El público se plegó al canto con alborozo y entonces, en el momento exacto, alguien aportó otro verso:

“And don’t you this forget—” —«Y no olvides esto...»

The house roared it out. A third line was at once furnished - 30 El salón se llenó de estentóreas carcajadas. Se proporcionó inmediatamente otro verso:

“Corruptibles far from Hadleyburg are—” —«Los corruptibles están lejos de Hadleyburg...»

The house roared that one too. As the last note died, Jack Halliday’s voice rose high and clear, freighted with a final line - 35 El público lo festejó también estruendosamente. Al extinguirse la última nota, la voz de Jack Halliday se elevó aguda y clara, grávida, con un verso final:

“But the Symbols are here, you bet!” —«¡Pero no duden de que los símbolos están [aquí]!»,

40 That was sung, with booming enthusiasm. Then the happy house started in at the beginning and sang the four lines through twice, with immense swing and dash, and finished up with a crashing three- times-three and a tiger for “Hadleyburg the Incorruptible and all Symbols of it which we shall find worthy to receive the hall-mark to- night.” 45 «Hadleyburg la incorruptible y todos los símbolos a quienes consideremos dignos de recibir el sello de alta calidad esta noche».

Then the shoutings at the Chair began again, all over the place: 50 Entonces los gritos a la presidencia se reanudaron en todo el recinto:

“Go on! go on! Read! read some more! Read all you’ve got!” —¡Siga! ¡Siga! ¡Lea! ¡Lea más! ¡Lea todo lo que tenga!

“That’s it—go on! We are winning eternal celebrity!” 55 —¡Eso! ¡Siga! ¡Nos estamos ganando la fama eterna!

A dozen men got up now and began to protest. They En ese momento se levantaron una docena de hombres y

said that this farce was the work of some abandoned joker, and was an insult to the whole community. Without a doubt these signatures were all forgeries -

“Sit down! sit down! Shut up! You are confessing. We'll find your names in the lot.”

“Mr. Chairman, how many of those envelopes have you got?”

The Chair counted.

“Together with those that have been already examined, there are nineteen.”

A storm of derisive applause broke out.

“Perhaps they all contain the secret. I move that you open them all and read every signature that is attached to a note of that sort— and read also the first eight words of the note.”

“Second the motion!”

It was put and carried—uproariously. Then poor old Richards got up, and his wife rose and stood at his side. Her head was bent down, so that none might see that she was crying. Her husband gave her his arm, and so supporting her, he began to speak in a quavering voice:

“My friends, you have known us two—Mary and me—all our lives, and I think you have liked us and respected us—”

The Chair interrupted him:

“Allow me. It is quite true—that which you are saying, Mr. Richards; this town DOES know you two; it DOES like you; it DOES respect you; more—it honours you and LOVES you—”

Halliday's voice rang out:

“That's the hall-marked truth, too! If the Chair is right, let the house speak up and say it. Rise! Now, then—hip! hip! hip!—all together!”

The house rose in mass, faced toward the old couple eagerly, filled the air with a snow-storm of waving handkerchiefs, and delivered the cheers with all its affectionate heart.

The Chair then continued:

“What I was going to say is this: We know your good heart, Mr. Richards, but this is not a time for the exercise of charity toward offenders.

empezaron a protestar. Dijeron que la farsa era obra de algún perverso bromista y que significaba un insulto para toda la ciudad. Sin duda las firmas eran falsificaciones...

—Siéntese! ¡Siéntese! ¡Cállense! Ustedes están confesando. Encontraremos *sus* nombres en el montón.

—¿Cuántos de esos sobres tiene, señor presidente?

El presidente contó.

—Junto con los ya examinados, diecinueve.

Estalló una tempestad de aplausos burlones.

—Quizá todos ellos contengan el secreto. Propongo que el presidente abra todos y lea todas [60] las firmas que figuran en las cartas... y también que lea las primeras ocho palabras de la carta.

—¡Apoyo la moción!

Se puso en práctica y se llevó adelante ruidosamente. Entonces el viejo Richards se puso en pie y también su esposa se irguió a su lado. La cabeza de la anciana estaba abatida, para que nadie advirtiera sus lágrimas. Su marido le dio el brazo y mientras la sostenía así, comenzó a hablar con voz trémula:

—Amigos míos... Ustedes nos conocen a ambos, a Mary y a mí, desde los comienzos de nuestra vida y creo que nos han querido y respetado...

El presidente lo interrumpió:

—Permítame. Es enteramente cierto lo que nos dice, señor Richards. Esta ciudad *les conoce a ustedes, les quiere, les respeta*; más aún, les honra y *les ama*...

La voz de Halliday resonó de manera estridente:

—¡Eso es la verdad del sello de calidad! Si el presidente tiene razón, que el público hable y lo diga. ¡Arriba! Ahora, vamos... ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra! ¡Todos a un tiempo!

El público se levantó en masa, dio la cara con vehemencia a la anciana pareja, llenó el aire de una nevada de pañuelos que se agitaban, y profirió los vítores con todo el afecto de su corazón.

Entonces, el presidente prosiguió:

—Lo que yo iba a decir, es esto: Conocemos su buen corazón, señor Richards, pero este no es momento para ejercer la caridad con los transgresores de la moral (*Gritos*

[Shouts of “Right! right!”] I see your generous purpose in your face, but I cannot allow you to plead for these men—” “But I was going to—”

“Please take your seat, Mr. Richards. We must examine the rest of these notes—simple fairness to the men who have already been exposed requires this. As soon as that has been done—I give you my word for this—you shall be heard.”

Many voices. “Right!—the Chair is right—no interruption can be permitted at this stage! Go on!—the names! the names!—according to the terms of the motion!”

The old couple sat reluctantly down, and the husband whispered to the wife, “It is pitifully hard to have to wait; the shame will be greater than ever when they find we were only going to plead for OURSELVES.”

Straightway the jollity broke loose again with the reading of the names.

““You are far from being a bad man—’ Signature, ‘Robert J. Titmarsh.’”

““You are far from being a bad man—’ Signature, ‘Eliphalet Weeks.’”

““You are far from being a bad man—’ Signature, ‘Oscar B. Wilder.’”

At this point the house lit upon the idea of taking the eight words out of the Chairman’s hands. He was not unthankful for that. Thenceforward he held up each note in its turn and waited. The house **drone** out the eight words in a massed and measured and musical deep volume of sound (with a daringly close resemblance to a well-known church chant)—“You are f-a-r from being a b-a-a-a-d man.” Then the Chair said, “Signature, ‘Archibald Wilcox.’” And so on, and so on, name after name, and everybody had an increasingly and gloriously good time except the wretched Nineteen. Now and then, when a particularly shining name was called, the house made the Chair wait while it chanted the whole of the test-remark from the beginning to the closing words, “And go to hell or Hadleyburg— try and make it the for-or-m-e-r!” and in these special cases they added a grand and agonised and imposing “A-a-a-a-MEN!”

The list dwindled, dwindled, dwindled, poor old Richards keeping tally of the count, wincing when a name resembling his own was pronounced, and waiting in miserable suspense for the time to come when it would be his humiliating privilege to rise with Mary and finish his plea, which he was

de «¡Exacto! ¡Exacto!») Leo en el rostro de ustedes dos su generoso propósito, pero no puedo permitirles que defiendan a esos hombres...Pero yo iba a...

—Le ruego que tome asiento, señor Richards. Debemos examinar el resto de esas cartas; lo exige la más mínima equidad para con los hombres que hemos dejado ya en descubierto. Apenas se haya hecho esto —le doy mi palabra— usted será oído.

—MUCHAS VOCES.-j Muy bien! ¡El presidente tiene razón! ¡No puede permitirse interrupción alguna a estas alturas! ¡Siga! ¡Los nombres! ¡Los nombres! ¡De acuerdo con los términos de la moción!

—La anciana pareja se sentó a regañadientes y el marido le murmuró a la esposa:

—Es durísimo tener que esperar. Nuestra vergüenza será mayor que nunca cuando se descubra que sólo íbamos a pedir por *nosotros*.

—Nuevamente volvió a desatarse el alborozo con la lectura de los nombres.

—«Usted dista de ser un mal hombre...» Firmado, Robert J. Titmarsh.

—«Usted dista de ser un mal hombre...» Firmado, Eliphalet Weeks.

—«Usted dista de ser un mal hombre...» Firmado, Oscar B. Wilder.

—A esta altura, a la concurrencia se le ocurrió la idea de arrebatarse las ocho palabras de las manos del presidente. Este se lo agradeció. A partir de aquel momento levantó cada carta a medida que la extraía y esperó. La concurrencia canturreó las ocho palabras en un volumen de sonido total, rítmico y musical (de audaz semejanza con un bien conocido salmo religioso). «Usted distaaa de ser un maaaaal hombre». Entonces el presidente decía: «Firmado, Achibaldo Wilcox». Y así sucesivamente, [62] nombre tras nombre, y todos lo pasaban cada vez mejor y se sentían más satisfechos, salvo los desventurados diecinueve. De vez en cuando, al pronunciarse un nombre particularmente brillante, el público hacía esperar al presidente mientras canturreaba el total de la observación-prueba, desde el principio hasta las palabras finales «¡Y váyase al infierno o a Hadleyburg...; trate de que sea el primeeeero! »; y en esos casos especiales, la concurrencia agregaba un magnífico y atormentado e imponente «¡Amén! »

—La lista mermaba, mermaba, mermaba, mientras el pobre viejo Richards llevaba la cuenta, experimentando un sobresalto cuando se leía un nombre parecido al suyo y esperando, con dolorosa expectación, que llegara el momento en que tendría el penoso privilegio de ponerse en pie con Mary y de terminar su defensa, que se proponía cerrar con

intending to word thus: “. . . for until now we have never done any wrong thing, but have gone our humble way unrebuked. We are very poor, we are old, and, have no chick nor child to help us; we were sorely tempted, and we fell. It was my purpose when I got up before to make confession and beg that my name might not be read out in this public place, for it seemed to us that we could not bear it; but I was prevented. It was just; it was our place to suffer with the rest. It has been hard for us. It is the first time we have ever heard our name fall from any one's lips—sullied. Be merciful—for the sake or the better days; make our shame as light to bear as in your charity you can.” At this point in his reverie Mary nudged him, perceiving that his mind was absent. The house was chanting, “You are f-a-r,” etc.

“Be ready,” Mary whispered. “Your name comes now; he has read eighteen.”

The chant ended.

“Next! next! next!” came volleying from all over the house.

Burgess put his hand into his pocket. The old couple, trembling, began to rise. Burgess fumbled a moment, then said:

“I find I have read them all.”

Faint with joy and surprise, the couple sank into their seats, and Mary whispered:

“Oh, bless God, we are saved!—he has lost ours—I wouldn't give this for a hundred of those sacks!”

The house burst out with its “Mikado” travesty, and sang it three times with ever-increasing enthusiasm, rising to its feet when it reached for the third time the closing line -

“But the Symbols are here, you bet!” and finishing up with cheers and a tiger for “Hadleyburg purity and our eighteen immortal representatives of it.”

Then Wingate, the saddler, got up and proposed cheers “for the cleanest man in town, the one solitary important citizen in it who didn't try to steal that money—Edward Richards.”

They were given with great and moving heartiness; then somebody proposed that “Richards be elected sole Guardian and Symbol of the now Sacred Hadleyburg Tradition, with power and right to stand up and look the whole sarcastic world in the face.”

estas palabras: «...porque, hasta ahora, jamás hemos hecho nada incorrecto y hemos seguido nuestro humilde camino de modo irreprochable. Somos muy pobres, somos viejos y no tenemos quien cuide de nosotros: nos veíamos terriblemente tentados, y caímos. Cuando me levanté antes, mi propósito era confesar y pedir que mi nombre no fuese leído en este sitio público, porque nos parecía a ambos que no podríamos soportarlo, pero se me impidió hacerlo. Era justo. Nos correspondía sufrir con los demás. Esto ha sido duro para nosotros. Es la primera vez que hemos oído brotar mancillado nuestro nombre de unos labios. Sean ustedes misericordiosos, en nombre de días mejores. Hagan nuestra vergüenza todo lo liviana de soportar que su caridad les permita». A esta altura de sus meditaciones, Mary le dio un codazo al advertirle distraído. El público canturreaba «Usted dista de...», etcétera.

—Prepárate —murmuró Mary—. Tu nombre llegará de un momento a otro; ha leído dieciocho.

El salmodiar terminó.

—¡El próximo! ¡El próximo! ¡El próximo! —llegó una andanada de toda la concurrencia.

Burgess metió la mano en el bolsillo. La anciana pareja, trémula, empezó a levantarse. Burgess hurgó un momento en sus bolsillos y luego dijo:

—Por lo visto ya las he leído todas.

Desfalleciente de alegría y sorpresa, la pareja se desplomó sobre sus asientos y Mary susurró!

—¡Oh, bendito sea Dios! ¡Estamos salvados! ¡Ha perdido nuestra carta! ¡Yo no cambiaría esto por un centenar de esas talegas!

La concurrencia acometió nuevamente su parodia de *El micado* y la cantó tres veces con creciente entusiasmo, poniéndose en pie al entonar por tercera vez el verso final:

—¡«Pero no duden de que los símbolos están aquí!», y terminó con vítores y un viva final por «La pureza de Hadleyburg y de nuestros dieciocho inmortales representantes de la misma».

Entonces Wingate, el talabartero, se puso en pie y propuso vítores por «el hombre más limpio de la ciudad, el único ciudadano importante de Hadleyburg que no intentó robar el dinero: Eduardo Richards».

Los vítores fueron proferidos con grande y conmovedora cordialidad; luego alguien propuso que Richards fuese elegido único guardián y símbolo de la ahora sagrada tradición de Hadleyburg, con poder y derecho de afrontar a todo el sarcástico mundo cara a cara.

Passed, by acclamation; then they sang the “Mikado” again, and ended it with -

“And there’s ONE Symbol left, you bet!”

There was a pause; then -

A Voice. “Now, then, who’s to get the sack?”

The Tanner (with bitter sarcasm). “That’s easy. The money has to be divided among the eighteen Incorruptibles. They gave the suffering stranger twenty dollars apiece—and that remark—each in his turn—it took twenty-two minutes for the procession to move past. Staked the stranger—total contribution, \$360. All they want is just the loan back—and interest—forty thousand dollars altogether.”

Many Voices [derisively.] “That’s it! Divvy! 20 divvy! Be kind to the poor—don’t keep them waiting!”

The Chair. “Order! I now offer the stranger’s remaining document. It says: ‘If no **claimant** shall appear [grand chorus of groans], I desire that you open the sack and count out the money to the principal citizens of your town, they to take it in trust [Cries of “Oh! Oh! Oh!”], and use it in such ways as to them shall seem best for the propagation and preservation of your community’s noble reputation for incorruptible honesty [more cries]—a reputation to which their names and their efforts will add a new and far-reaching lustre.’ [Enthusiastic outburst of sarcastic applause.] That seems to be all. No—here is a postscript:

“P.S.—CITIZENS OF HADLEYBURG: There IS no test-remark—nobody made one. [Great sensation.] There wasn’t any pauper stranger, nor any twenty-dollar contribution, nor any accompanying benediction and compliment—these are all inventions. [General buzz and hum of astonishment and delight.] Allow me to tell my story—it will take but a word or two. I passed through your town at a certain time, and received a deep offence which I had not earned. Any other man would have been content to kill one or two of you and call it square, but to me that would have been a trivial revenge, and inadequate; for the dead do not SUFFER. Besides I could not kill you all—and, anyway, made as I am, even that would not have satisfied me. I wanted to damage every man in the place, and every woman—and not in their bodies or in their estate, but in their vanity—the place where feeble and foolish people are most vulnerable. So I disguised myself and came back and studied you. You were easy game. You had an old and lofty reputation for honesty, and naturally you were proud of it—it was your treasure of treasures, the very apple of your eye. As soon as I

[64] Se aprobó por aclamación. Luego la concurrencia volvió a cantar *El micado* y terminó con:

—«¡Y no duden de que ha quedado un símbolo! »

Hubo una pausa, luego...

UNA voz.—Y bien... ¿Quién recibirá la talega?

EL CURTIDOR (*con amargo sarcasmo*).—Eso es fácil. El dinero debe ser dividido entre los dieciocho incorruptibles, quienes dieron al atribulado forastero veinte dólares por cabeza —y esa observación— todos por turno. El desfile *de* la procesión tardó veintidós minutos. Jugaron su dinero a manos del forastero: contribución total, trescientos sesenta dólares. Todo lo que desean es que les devuelvan su préstamo —y los intereses—o sea, cuarenta mil dólares en total.

MUCHAS VOCES (*sarcásticamente*).— Eso es! ¡Dividan, dividan! ¡Sean buenos con los pobres, no les hagan esperar!

EL PRESIDENTE.-] Orden! Ahora leeré el documento final del forastero. Dice: «Si no apareciera reclamante alguno (*gran coro de gemidos*), deseo que usted abra la talega y les entregue el dinero a los ciudadanos más prominentes de la ciudad, que deberán tomarlo en fideicomiso (*gritos de «¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!»*) y usarlo en la forma que le parezca preferible para la propagación y conservación de la incorruptible honestidad de esa ciudad (*más gritos*), una reputación a la cual sus nombres y esfuerzos añadirán un nuevo y lejano esplendor». (*Entusiasta estallido de sarcásticos aplausos.*) Eso parece ser todo. No. Aquí, hay una postdata:

«P. D.: CIUDADANOS DE HADLEYBURG: *No hay observación-prueba: nadie dijo tal cosa. (Gran sensación.)* No hubo tal forastero pobre, ni dádiva de veinte dólares, ni bendición ni cumplido adjuntos. Todo eso, son invenciones. (*Zumbido general y canturreo de sorpresa y placer.*) Permítanme que les cuente mi historia, bastará con unas pocas palabras. En cierta ocasión pasé por Hadleyburg y sufrí una profunda ofensa que no merecía. Cualquier otro se habría conformado con matar a uno o dos de ustedes y con ello se hubiera dado por satisfecho, pero a mí esto me pareció un desquite trivial e inadecuado: los muertos no *sufren*. Además, yo no podía matarlos a todos y, por otra parte, siendo como soy, ni aún eso me habría dejado satisfecho. Quise perjudicar a todos los hombres de la ciudad y a todas las mujeres, y no en sus cuerpos o en sus fortunas, sino en su orgullo, el sitio donde es más vulnerable la gente débil y tonta. De modo que me disfracé y volví y les estudié. Ustedes eran presa fácil. Tenían una antigua y elevada reputación de honestidad y, naturalmente, se enorgullecían de ella: la honestidad era su tesoro de los tesoros, la niña de sus ojos. Apenas hube descubierto que se mantenían ciudadosa y atentamente y

found out that you carefully and vigilantly kept yourselves and your children OUT OF TEMPTATION, I knew how to proceed. Why, you simple creatures, the weakest of all weak things is a virtue which has not been tested in the fire. I laid a plan, and gathered a list of names. My project was to corrupt Hadleyburg the Incorruptible. My idea was to make liars and thieves of nearly half a hundred smirchless men and women who had never in their lives uttered a lie or stolen a penny. I was afraid of Goodson. He was neither born nor reared in Hadleyburg. I was afraid that if I started to operate my scheme by getting my letter laid before you, you would say to yourselves, 'Goodson is the only man among us who would give away twenty dollars to a poor devil'— and then you might not bite at my bait. But heaven took Goodson; then I knew I was safe, and I set my trap and baited it. It may be that I shall not catch all the men to whom I mailed the pretended test-secret, but I shall catch the most of them, if I know Hadleyburg nature. [Voices. "Right—he got every last one of them."] I believe they will even steal ostensible GAMBLE-money, rather than miss, poor, tempted, and mistrained fellows. I am hoping to eternally and everlastingly **squelch** your vanity and give Hadleyburg a new renown—one that will STICK—and spread far. If I have succeeded, open the sack and summon the Committee on Propagation and Preservation of the Hadleyburg Reputation."

A Cyclone of Voices. "Open it! Open it! The Eighteen to the front! Committee on Propagation of the Tradition! Forward—the Incorruptibles!"

The Chair **ripped** the sack wide, and gathered up a handful of bright, broad, yellow coins, shook them together, then examined them.

"Friends, they are only gilded disks of lead!"

There was a crashing outbreak of delight over this news, and when the noise had subsided, the tanner called out:

"By right of apparent seniority in this business, Mr. Wilson is Chairman of the Committee on Propagation of the Tradition. I suggest that he step forward on behalf of his pals, and receive in trust the money."

A Hundred Voices. "Wilson! Wilson! Wilson! Speech! Speech!"

Wilson [in a voice trembling with anger]. "You will allow me to say, and without apologies for my language, DAMN the money!"

A Voice. "Oh, and him a Baptist!"

A Voice. "Seventeen Symbols left! Step up,

mantenían a sus hijos *al margen de la tentación*, supe cómo debía proceder. ¿No comprenden ustedes, seres simples, que la más débil de todas las cosas débiles es la virtud que no ha sido probada por el fuego? Esboqué un plan y reuní una lista de nombres. Mi proyecto consistía en corromper a Hadleyburg la incorruptible. Mi intención era convertir en mentirosos y ladrones a cerca de [66]medio centenar de hombres y mujeres intachables, que jamás profirieran una mentira ni robaran un penique en su vida. Temí a Goodson. Éste no había nacido en Hadleyburg ni se había criado en esta ciudad. Temí que, si empezaba a ejecutar mi plan exponiendo mi carta ante ustedes, se dirían: «Goodson es el único de nosotros que hubiera sido capaz de darle veinte dólares a un pobre diablo» y que, entonces, no habrían mordido mi cebo. Pero el cielo se llevó a Goodson; entonces comprendí que yo estaba a salvo y tendí mi celada y puse el cebo. Quizá no atrapara a todos los hombres a quienes envié por correo el presunto secreto, pero atraparía a la mayor parte de ellos si conocía el temperamento de Hadleyburg. (VOCES: «Es exacto. Los atrapó a todos»). Creo que hasta serían capaces de robar un evidente «dinero de juego» antes que perderlo, pobres, tentados e inexpertos seres. Confío en aplastar para siempre la vanidad de ustedes y en darle a Hadleyburg una nueva reputación, esta vez *duradera*, y que llegará lejos. Si he obtenido éxito, abran la talega y convoquen a la Comisión para la Propagación y Salvaguardia de la Reputación de Hadleyburg».

UN CICIÓN DE VOCES. — ¡Abranla! ¡Abranla! ¡Que se adelanten los dieciocho! ¡La Comisión para la Propagación de la Tradición! ¡Que se adelanten los incorruptibles!

El presidente rasgó de extremo a extremo la talega y levantó un puñado de relucientes monedas anchas, amarillas; las juntó, luego las examinó.

—¡Amigos, no son más que discos de plomo dorados!

Hubo un estruendoso estallido de placer al oír la noticia, y cuando se hubo acallado el alboroto, el curtidor exclamó:

—Por derecho de aparente prioridad en el asunto el señor Wilson es presidente de la Comisión para la Propagación de la Tradición. Sugiero que se adelante en nombre de sus compañeros y reciba en fideicomiso el dinero.

UNCENTENAR DE VOCES. — ¡Wilson! Wilson! ¡Wilson! ¡Que hable! ¡Que hable!

WILSON (*con voz trémula de ira*).—Permítanme que diga, sin pedir excusas por mi lenguaje: «¡Maldito sea el dinero! »

55

UNA voz.—¡ Oh! ¡ Y es baptista!

OTRA voz.—¡Quedan diecisiete símbolos! ¡Adelante,

gentlemen, and assume your trust!" There was a pause—no response.

The Saddler. "Mr. Chairman, we've got ONE clean man left, anyway, out of the late aristocracy; 5 and he needs money, and deserves it. I move that you appoint Jack Halliday to get up there and auction off that sack of gilt twenty-dollar pieces, and give the result to the right man—the man whom Hadleyburg delights to honour—Edward Richards."

This was received with great enthusiasm, the dog taking a hand again; the saddler started the bids at a dollar, the Brixton folk and Barnum's representative fought hard for it, the people cheered every jump that the bids made, 15 the excitement climbed moment by moment higher and higher, the bidders got on their mettle and grew steadily more and more daring, more and more determined, the jumps went from a dollar up to five, then to ten, then to twenty, then fifty, then to a hundred, then -

At the beginning of the auction Richards whispered in distress to his wife: "Oh, Mary, can we allow it? It—it—you see, it is an honour—reward, a testimonial to purity of character, and—and—can we allow it? Hadn't I better 25 get up and—Oh, Mary, what ought we to do?—what do you think we—" [Halliday's voice. "Fifteen I'm bid!—fifteen for the sack!—twenty!—ah, thanks!—thirty—thanks again! Thirty, thirty, thirty!—do I hear forty?—forty it is! Keep the ball rolling, gentlemen, keep it rolling!—fifty! —thanks, noble Roman!—going at fifty, fifty, fifty!—seventy! —ninety!— splendid!—a hundred!—pile it up, pile it up!—hundred and twenty—forty!—just in time!—hundred and fifty!—Two hundred!—superb! Do I hear two h—thanks! —two 35 hundred and fifty!—"]

"It is another temptation, Edward—I'm all in a tremble—but, oh, we've escaped one temptation, and that ought to warn us, to—"["Six did I hear?—thanks!— 40 six fifty, six f—SEVEN hundred!"] And yet, Edward, when you think—nobody susp—"["Eight hundred dollars!— hurrah!—make it nine!—Mr. Parsons, did I hear you say—thanks!— nine!—this noble sack of virgin lead going at only nine hundred dollars, gilding and all— 45 come! do I hear—a thousand!—gratefully yours!—did some one say eleven?—a sack which is going to be the most celebrated in the whole Uni—""] "Oh, Edward" (beginning to sob), "we are so poor!—but—but—do as you think best—do as you think best."

Edward fell—that is, he sat still; sat with a conscience which was not satisfied, but which was overpowered by circumstances.

Meantime a stranger, who looked like an amateur detective gotten up as an impossible English earl, had been watching the evening's proceedings with manifest

caballeros, y háganse cargo del fideicomiso! Hubo una pausa sin respuesta.

EL TALABARTERO.—Señor presidente, de todos modos, nos queda *un* hombre limpio de la difunta aristocracia: y ese hombre necesita dinero y lo merece. Propongo que se designe a Jack Halliday para que suba ahí y remate esa talega de piezas doradas de veinte dólares y le *dé* el producto al hombre que lo merece, al hombre a quien Hadleyburg se complace 10 en honrar: Eduardo Richards.

—Esto fue acogido con gran entusiasmo, con nueva intervención del perro. El talabartero inició la puja con un dólar, la gente de Bixton y el representante de Barnum lucharon empeñosa-mente, la gente vitoreó a cada salto que daban 68] las apuestas; la excitación creció cada vez más; el brío de los interesados fue en aumento y se volvió cada vez más audaz; los saltos llevaron de un dólar a cinco, luego, a diez, luego, a 20 veinte, luego, a cincuenta, luego, a ciento, luego...

Al empezar la subasta Richards le susurró acongojado a su esposa: —¡Oh Mary! ¿Podemos permitir esto? Es... es... ya lo ves, una recompensa al honor, un testimonio de pureza de carácter y... y... ¿podemos permitirlo? ¿No será mejor que me ponga en pie y... ¡Oh Mary! ¿Qué debemos hacer? ¿Qué supones debemos?... (La voz de Halliday: «¡Me dan quince! ¡Quince por la talega!... ¡Veinte!... ¡Ah, gracias! ¡Treinta!... ¡Gracias nuevamente! ¡Treinta, treinta, treinta! ¿He oído decir cuarenta? ¡Cuarenta! ¡Hagan rodar la pelota, caballeros, háganla rodar! ¡Cincuenta! ¡Gracias, noble romano! ¡Vamos a cincuenta, cincuenta, cincuenta! ¡Setenta! ¡Noventa! ¡Espléndido! ¡Ciento! ¡Agreguen, agreguen! ¡Ciento veinte! ¡Cuarenta! ¡A tiempo! ¡Ciento cincuenta! ¡Doscientos! ¡Soberbio! ¿He oído dos...? ¡Gracias! ¡Doscientos cincuenta!»

—Es otra tentación, Eduardo... Estoy temblando... Pero... ¡Oh! Hemos eludido *una* tentación y eso debiera ponernos en guardia para... (¿He oído seis? ¡Gracias! Seis cincuenta, seis cin... ¡Setecientos! Y, con todo, Eduardo, si se piensa... nadie sospecha... («¡Ochocientos dólares! ¡Hurra! ¡Digamos novecientos! ¿Le he oído decir, señor Parsons?... ¡Gracias! ¡Novecientos! ¡Esta noble talega de plomo virgen que se va por sólo novecientos dólares, con dorado y todo!... ¡Vamos! ¿He oído?... ¡Mil! ¿Dijo alguien mil cien? ¡Una talega que será la más célebre delmun...!)) Oh Eduardo; —y empezó a sollozar—. ¡Somos tan pobres! Pero..., pero... Haz lo 50 que te parezca mejor..., haz lo que parezca mejor...

—Eduardo estaba desfallecido, esto es, sentado y sumido en silencio; con una conciencia insatisfecha, pero abrumado por las circunstancias.

55 —Mientras tanto, un forastero, con aire de detective aficionado engalanado como un inverosímil conde inglés, había estado observando el desarrollo de la velada con

interest, and with a contented expression in his face; and he had been privately commenting to himself. He was now soliloquising somewhat like this: ‘None of the Eighteen are bidding; that is not satisfactory; I must change that—the dramatic unities require it; they must buy the sack they tried to steal; they must pay a heavy price, too—some of them are rich. And another thing, when I make a mistake in Hadleyburg nature the man that puts that error upon me is entitled to a high honorarium, and some one must pay. This poor old Richards has brought my judgment to shame; he is an honest man:—I don’t understand it, but I acknowledge it. Yes, he saw my deuces—AND with a straight flush, and by rights the pot is his. And it shall be a jack-pot, too, if I can manage it. He disappointed me, but let that pass.’

He was watching the bidding. At a thousand, the market broke: the prices tumbled swiftly. He waited—and still watched. One competitor dropped out; then another, and another. He put in a bid or two now. When the bids had sunk to ten dollars, he added a five; some one raised him a three; he waited a moment, then flung in a fifty-dollar jump, and the sack was his—at \$1,282. The house broke out in cheers—then stopped; for he was on his feet, and had lifted his hand. He began to speak.

“I desire to say a word, and ask a favour. I am a speculator in rarities, and I have dealings with persons interested in numismatics all over the world. I can make a profit on this purchase, just as it stands; but there is a way, if I can get your approval, whereby I can make every one of these leaden twenty-dollar pieces worth its face in gold, and perhaps more. Grant me that approval, and I will give part of my gains to your Mr. Richards, whose invulnerable **probity** [**honestidad**] you have so justly and so cordially recognised tonight; his share shall be ten thousand dollars, and I will hand him the money to-morrow. [Great applause from the house. But the “invulnerable **probity**” made the Richardses blush prettily; however, it went for modesty, and did no harm.] If you will pass my proposition by a good majority—I would like a two-thirds vote—I will regard that as the town’s consent, and that is all I ask. Rarities are always helped by any device which will rouse curiosity and compel remark. Now if I may have your permission to stamp upon the faces of each of these ostensible coins the names of the eighteen gentlemen who—”

Nine-tenths of the audience were on their feet in a moment—dog and all—and the proposition was carried with a whirlwind of approving applause and laughter.

They sat down, and all the Symbols except “Dr.” Clay Harkness got up, violently protesting against the proposed outrage, and threatening to -

manifiesto interés y expresión de júbilo, comentando el asunto consigo mismo. Su soliloquio se desarrollaba ahora, más o menos, así: «Ninguno de los dieciocho formula ofertas, y eso no es satisfactorio. Debo cambiarlo; las unidades teatrales lo exigen. Esa gente debe comprar la talega que tratara de robar, debe pagar, asimismo, un alto precio. Algunos de ellos son ricos. Y otra cosa: cuando aprecio erróneamente el temperamento de Hadleyburg, el hombre que provoca mi error tiene derecho a una alta remuneración y alguien debe pagarla. Ese pobre viejo Richards ha humillado mi criterio: es un hombre honrado. No lo entiendo, pero lo reconozco. Sí: ha visto mi póquer con una escalera real y el pozo es suyo por derecho. ¡Y ha de ser un pozo abundante, por cierto! Me ha decepcionado, pero no importa.

—El forastero seguía atentamente la puja. Al llegar al millar, el mercado se desmoronó; los precios aflojaron pronto dando tumbos. Esperó, y siguió observando. Un competidor se apartó de la puja; luego, otro y otro más. Cuando las ofertas hubieron bajado a diez dólares, él agregó cinco, alguien ofreció tres; el forastero esperó un momento y se lanzó a un salto de cincuenta dólares, y la talega fue suya por 1.282 dólares. [70] La concurrencia estalló en vítores y luego guardó silencio, porque el forastero se había puesto en pie y levantaba la mano. Comenzó a hablar.

—Deseo decir unas palabras y pedir un favor. Soy especulador en rarezas y tengo negocios con personas interesadas por la numismática en todas partes del mundo. Tal como se presentan las cosas, yo podría obtener utilidades con esta compra, pero si ustedes la aprueban, hay una manera de que pueda darles un valor de veinte dólares en oro a estas monedas de plomo y aún quizá más. Denme ustedes esa aprobación y yo le daré parte de mis ganancias a su señor Richards, cuya invulnerable probidad han reconocido ustedes tan justa y cordialmente esta noche; su parte será de diez mil dólares y le entregaré el dinero mañana. (*Grandes aplausos del público.* Pero la «invulnerable probidad» hizo que los Richards se sonrojaran considerablemente; con todo, esto pasó por modestia y no les causó daño.) Si ustedes aprueban mi proposición por buena mayoría —me gustaría dos tercios de votos—lo consideraré el consentimiento de la ciudad, y eso es todo lo que pido. A las rarezas les ayuda siempre cualquier artificio capaz de suscitar curiosidad y de obligar a la observación. De modo que si ustedes me permiten hacer grabar sobre cada una de estas aparentes monedas los nombres de los dieciocho caballeros que...

—Las nueve décimas partes del público se levantaron inmediatamente —inclusive el perro— y la proposición fue aprobada en un torbellino de aplausos y risas.

—El público se sentó y todos los símbolos, salvo el *doctor* Clay Harkness se pusieron en pie, pro-testando con vehemencia contra el ultraje propuesto, y amenazando con...

"I beg you not to threaten me," said the stranger calmly. "I know my legal rights, and am not accustomed to being frightened at bluster." [Applause.] He sat down. "Dr." Harkness saw an opportunity here. He was one of the two very rich men of the place, and Pinkerton was the other. Harkness was proprietor of a mint; that is to say, a popular patent medicine. He was running for the Legislature on one ticket, and Pinkerton on the other. It was a close race and a hot one, and getting hotter every day. Both had strong appetites for money; each had bought a great tract of land, with a purpose; there was going to be a new railway, and each wanted to be in the Legislature and help locate the route to his own advantage; a single vote might make the decision, and with it two or three fortunes. The stake was large, and Harkness was a daring speculator. He was sitting close to the stranger. He leaned over while one or another of the other Symbols was entertaining the house with protests and appeals, and asked, in a whisper,

"What is your price for the sack?"

"Forty thousand dollars."

"I'll give you twenty."

"No."

"Twenty-five."

"No."

"Say thirty."

"The price is forty thousand dollars; not a penny less."

"All right, I'll give it. I will come to the hotel at ten in the morning. I don't want it known; will see you privately."

"Very good."

Then the stranger got up and said to the house:

"I find it late. The speeches of these gentlemen are not without merit, not without interest, not without grace; yet if I may be excused I will take my leave. I thank you for the great favour which you have shown me in granting my petition. I ask the Chair to keep the sack for me until to-morrow, and to hand these three five-hundred-dollar notes to Mr. Richards." They were passed up to the Chair.

"At nine I will call for the sack, and at eleven will deliver the rest of the ten thousand to Mr. Richards in person at his home. Good-night."

—Les ruego que no me amenacen —dijo el forastero tranquilamente—. Conozco mis derechos legales y no acostumbro a dejarme intimidar por las fanfarronadas. (*Aplausos.*) —El forastero se sentó. Aquí el *doctor* Harkness vio una oportunidad. Era uno de los dos hombres más ricos de la ciudad; Pinkerton el otro. Harkness era dueño de una casa de moneda, mejor dicho, de un popular medicamento patentado. Era candidato a la legislatura por un partido y Pinkerton lo era por otro. Se trataba de una carrera reñida y apasionada y cuyo apasionamiento aumentaba de día en día. Ambos sentían fuertes ansias de dinero y cada cual había comprado una gran parcela de tierra, con una finalidad: se tendería un nuevo ferrocarril y ambos querían estar en la legislatura y contribuir a que se trazara el itinerario en su beneficio. Un solo voto podía bastar para decidir el asunto y con él, dos o tres fortunas. La suma en juego era grande y Harkness un especulador audaz. Estaba sentado junto al forastero. Se inclinó hacia él mientras algunos de los demás símbolos distraían al público con sus protestas y súplicas, y le preguntó, en un susurro:

—¿Cuánto quiere por la talega?

25 —Cuarenta mil dólares.

—Le doy veinte.

—No.

30 —Veinticinco.

—No.

35 —Digamos treinta.

—El precio es cuarenta mil dólares, ni un penique menos.

—[72] —Perfectamente. Se los daré. Iré al hotel a las diez de la mañana. No quiero que esto se sepa; lo verá a usted en privado.

—Perfectamente.

Entonces el forastero se puso en pie y le dijo a la concurrencia:

—Se me está haciendo tarde. Los discursos de estos caballeros no carecen de mérito, de interés, de gracia; con todo, si se me excusa, me retiraré. Les agradezco a ustedes el gran favor que me han dispensado al acceder a mi petición. Le pido a la presidencia que me guarde la talega hasta mañana y que le entregue estos tres billetes de quinientos dólares al señor Richards.

Los billetes fueron entregados a la presidencia después de pasar por varias manos.

55 —A las nueve vendré en busca de la talega y a los once entregaré el resto de los diez mil dólares al señor Richards en persona, en su casa. Buenas noches.

Then he slipped out, and left the audience making a vast noise, which was composed of a mixture of cheers, the "Mikado" song, dog-disapproval, and the chant, "You are f-a-r from being a b-a-a-d man- -a-a-a a-men!"

—Luego el forastero salió del salón y dejó al público entregado a un gran alboroto, compuesto por una mezcla de vítores, la canción de *El mirado*, la desaprobación del perro y el canturreo «¡Usted dista de ser un mal hombreee! »

10

IV

IV

At home the Richardses had to endure congratulations and compliments until midnight. Then they were left to themselves. They looked a little sad, and they sat silent and thinking. Finally Mary sighed and said:

"Do you think we are to blame, Edward—MUCH to blame?" and her eyes wandered to the accusing triplet of big bank-notes lying on the table, where the congratulators had been gloating over them and reverently fingering them. Edward did not answer at once; then he brought out a sigh and said, hesitatingly:

"We—we couldn't help it, Mary. It—well it was ordered. ALL things are."

Mary glanced up and looked at him steadily, but he didn't return the look. Presently she said:

"I thought congratulations and praises always tasted good. But—it seems to me, now— Edward?"

"Well?"

"Are you going to stay in the bank?"

"N—no."

"Resign?"

"In the morning—by note."

"It does seem best."

Richards bowed his head in his hands and muttered:

"Before I was not afraid to let oceans of people's money pour through my hands, but— Mary, I am so tired, so tired—"

"We will go to bed."

At nine in the morning the stranger called for the sack and took it to the hotel in a cab. At ten

—De regreso a su casa, los Richards debieron soportar felicitaciones y cumplidos hasta la medianoche. Luego se quedaron solos. Su aire era algo triste y permanecieron silenciosos y pensativos. Finalmente Mary suspiró y dijo:

—¿Crees que somos culpables, Eduardo? *¿Muy culpables?* —Y sus ojos se posaron sobre el acusador terceto de grandes billetes de banco que estaba sobre la mesa, donde los visitantes que los felicitaron los habían contemplado con deleite y tocado con veneración. Eduardo no contestó inmediatamente; luego suspiró y dijo vacilando:

—Nosotros..., nosotros no pudimos evitarlo, Mary. Eso... Bueno, estaba escrito que debía ser así. *Todas* las cosas lo están.

Hay alzó los ojos y le miró con firmeza, pero él no le devolvió la mirada. A poco ella dijo:

—Creo que las felicitaciones y elogios siempre saben bien. Pero... me parece que ahora..., Eduardo...

—¿Qué?

—¿Seguirás trabajando en el Banco?

—No..., no.

—¿Renunciarás?

—Mañana por la mañana... por carta.

—[74] —Parece lo mejor.

—Richards abatió la cabeza sobre sus manos y murmuró:

Antes yo no temía que pasaran por mis manos océanos de dinero ajeno, pero... Estoy tan cansado, Mary... Tan cansado...

—Tenemos que acostarnos.

—A las nueve de la mañana el forastero fue a buscar la talega y se la llevó al hotel en un cabriolé. A las diez

Harkness had a talk with him privately. The stranger asked for and got five cheques on a metropolitan bank—drawn to “Bearer,”—four for \$1,500 each, and one for \$34,000. He put one of the former in his pocket-book, and the remainder, representing \$38,500, he put in an envelope, and with these he added a note which he wrote after Harkness was gone. At eleven he called at the Richards’ house and knocked. Mrs. Richards peeped through the shutters, then went and received the envelope, and the stranger disappeared without a word. She came back flushed and a little unsteady on her legs, and gasped out:

“I am sure I recognised him! Last night it seemed to me that maybe I had seen him somewhere before.”

“He is the man that brought the sack here?”

“I am almost sure of it.”

“Then he is the ostensible Stephenson too, and sold every important citizen in this town with his **bogus [falso]** secret. Now if he has sent cheques instead of money, we are sold too, after we thought we had escaped. I was beginning to feel fairly comfortable once more, after my night’s rest, but the look of that envelope makes me sick. It isn’t fat enough; \$8,500 in even the largest bank-notes makes more bulk than that.”

“Edward, why do you object to cheques?”

“Cheques signed by Stephenson! I am resigned to take the \$8,500 if it could come in bank-notes—for it does seem that it was so ordered, Mary—but I have never had much courage, and I have not the pluck to try to market a cheque signed with that disastrous name. It would be a trap. That man tried to catch me; we escaped somehow or other; and now he is trying a new way. If it is cheques—”

“Oh, Edward, it is TOO bad!” And she held up the cheques and began to cry.

“Put them in the fire! quick! we mustn’t be tempted. It is a trick to make the world laugh at US, along with the rest, and— Give them to ME, since you can’t do it!” He snatched them and tried to hold his grip till he could get to the stove; but he was human, he was a cashier, and he stopped a moment to make sure of the signature. Then he came near to fainting.

“Fan me, Mary, fan me! They are the same as gold!”

“Oh, how lovely, Edward! Why?”

Harkness sostuvo con él una conversación confidencial. El forastero solicitó y obtuvo cinco cheques contra un banco metropolitano, al portador, por valor de 1.500 dólares cada uno y uno que ascendía a 34.000. Puso uno de los primeros en su cartera, y el resto, que representaba 38.500 dólares, fue colocado en un sobre y le agregó una carta, que escribió cuando Harkness se hubo marchado. A las once llamó a la casa de los Richards. La señora Richards atisbó por entre las persianas, se adelantó y recibió el sobre; el forastero desapareció sin pronunciar una sola palabra. Aquella volvió sonrojada y con las piernas algo trémulas y dijo con voz entrecortada:

—¡Estoy segura de haberle reconocido! Anoche me pareció haberlo visto en alguna parte.

—¿Es el hombre que trajo aquí la talega?

—Estoy segura.

20

—Entonces es también el falso Stephenson y el que ha dejado en descubierto a todos los ciudadanos importantes de la ciudad con su falso secreto. Y bien... Si ha enviado cheques en vez de dinero, también nosotros estamos en descubierto, después de haber creído escapar. Yo estaba empezando a sentirme bastante cómodo de nuevo, después de mi noche de descanso, pero el aspecto de ese sobre me causa vértigos. No es lo bastante voluminoso; 8.500 dólares, aún en billetes de Banco más grandes, abultan más.

30

—¿Por qué te disgustan los cheques, Eduardo?

—¡Cheques firmados por Stephenson! Me resignaría a aceptar los 8.500 dólares si vinieran en billetes de Banco — porque al parecer, así debía ser, Mary—, pero nunca he poseído mucho valor y no tengo suficiente coraje para tratar de cobrar un cheque firmado con ese nombre desastroso. Eso sería una celada. Ese nombre trató de atraparme; nos salvamos no sé cómo. Y, ahora, intenta otro procedimiento. Si se trata de cheques...

—¡Oh, Eduardo! ¡Qué lástima! —y Mary tomó los cheques y se echó a llorar.

—; Arrójalos al fuego! ¡Pronto! Debemos escapar a la tentación. Es una treta para que el mundo se burle de *nosotros* junto con los demás y... ¡Dámelos, ya que tú no puedes hacerlo!

Richards le arrancó los cheques a su esposa y trató de que su presión no se debilitara hasta llegar a la estufa; pero era un ser humano, era cajero, y se detuvo un momento para asegurarse de la firma. Entonces, poco le faltó para desmayarse.

—¡Abanícame, Mary! ¡Abanícame! ¡Estos cheques valen oro!

—¡Oh, qué hermoso, Eduardo! ¿Por qué?

“Signed by Harkness. What can the mystery of that be, Mary?”

—La firma es de Harkness. ¿En qué podrá consistir el misterio?

“Edward, do you think—”

—¿Tú cress, Eduardo...?

“Look here—look at this! Fifteen—fifteen—fifteen—thirty-four. Thirty-eight thousand five hundred! Mary, the sack isn't worth twelve dollars, and Harkness—apparently—has paid about par for it.”

—Mira esto... ¡Mira! Mil quinientos... mil quinientos... mil quinientos... treinta y cuatro. ¡Treinta y ocho mil quinientos dólares! Mary, la talega no vale doce dólares y Harkness... aparentemente... ha pagado un precio a la par.

“And does it all come to us, do you think—instead of the ten thousand?”

—[76] —¿Y crees que todo eso va a parar a nuestras manos... en vez de los diez mil dólares?

“Why, it looks like it. And the cheques are made to ‘Bearer,’ too.”

—Así parece. Y los cheques, además, están extendidos al portador.

“Is that good, Edward? What is it for?”

—¿Conviene eso, Eduardo? ¿Para qué sirve?

“A hint to collect them at some distant bank, I reckon. Perhaps Harkness doesn't want the matter known. What is that—a note?”

—Es una insinuación para cobrarlos en algún Banco lejano, supongo. Quizás Harkness no quiere que se sepa el asunto. Qué es eso? ¿Una carta?

“Yes. It was with the cheques.”

—Sí. Venía con los cheques.

It was in the “Stephenson” handwriting, but there was no signature. It said:

La letra era de *Stephenson*, pero no había firma. La carta decía:

“I am a disappointed man. Your honesty is beyond the reach of temptation. I had a different idea about it, but I wronged you in that, and I beg pardon, and do it sincerely. I honour you—and that is sincere too. This town is not worthy to kiss the hem of your garment. Dear sir, I made a square bet with myself that there were nineteen **debauchable** men in your self-righteous community. I have lost. Take the whole pot, you are entitled to it.”

—«*Soy un hombre desengañado. Su honestidad está más allá de la tentación. Yo no lo creía así, pero he sido injusto con usted en ese sentido y le ruego que me perdone y le hablo con sinceridad. Siento respeto por usted... y eso es sincero también. Esta ciudad no es digna de besar la orla de su traje. Estimado señor: aposté conmigo mismo a que, en su austera ciudad, habría diecinueve hombres que se podían corromper. He perdido. Llévase todo el pozo; se lo merece*».

Richards drew a deep sigh, and said:

—Richards exhaló un profundo suspiro y dijo:

“It seems written with fire—it burns so. Mary—I am miserable again.”

—Esto parece escrito con fuego... Quema tanto..., Mary... Me siento acongojado de nuevo.

“I, too. Ah, dear, I wish—”

—Yo también. Ah, querido, ojalá...

“To think, Mary—he BELIEVES in me.”

—Pensar que *él cree* en mí. Mary.

“Oh, don't, Edward—I can't bear it.”

—Oh, no digas eso, Eduardo... No puedo soportarlo.

“If those beautiful words were deserved, Mary—and God knows I believed I deserved them once—I think I could give the forty thousand dollars for them. And I would put that paper away, as representing more than gold and jewels, and keep it always. But now— We could not live in the shadow of its accusing presence, Mary.”

—Si estas hermosas palabras fuesen merecidas, Mary — y Dios sabe que las merecí en otro tiempo—, creo que daría los cuarenta mil dólares por ellas. Y guardaría este papel, que para mí representaría más que el oro y las joyas, y lo conservaría eternamente. Pero ahora... No podríamos vivir en la sombra de su acusadora presencia, Mary.

He put it in the fire.

Richards arrojó el papel al fuego.

A messenger arrived and delivered an envelope.

Llegó un mensajero y le entregó un sobre.

Richards took from it a note and read it; it was from Burgess:

“You saved me, in a difficult time. I saved you last night. It was at cost of a lie, but I made the sacrifice freely, and out of a grateful heart. None in this village knows so well as I know how brave and good and noble you are. At bottom you cannot respect me, knowing as you do of that matter of which I am accused, and by the general voice condemned; but I beg that you will at least believe that I am a grateful man; it will help me to bear my burden. [Signed] ‘BURGESS.’”

“Saved, once more. And on such terms!” He put the note in the fire. “I—I wish I were dead, Mary, I wish I were out of it all!”

“Oh, these are bitter, bitter days, Edward. The stabs, through their very generosity, are so deep—and they come so fast!”

Three days before the election each of two thousand voters suddenly found himself in possession of a prized **memento [souvenir]**—one of the renowned bogus double-eagles. Around one of its faces was stamped these words: “THE REMARK I MADE TO THE POOR STRANGER WAS—” Around the other face was stamped these: “GO, AND REFORM. [SIGNED] PINKERTON.” Thus the entire remaining refuse of the renowned joke was emptied upon a single head, and with calamitous effect. It revived the recent vast laugh and concentrated it upon Pinkerton; and Harkness’s election was a walk-over.

Within twenty-four hours after the Richardses had received their cheques their consciences were quieting down, discouraged; the old couple were learning to reconcile themselves to the sin which they had committed. But they were to learn, now, that a sin takes on new and real terrors when there seems a chance that it is going to be found out. This gives it a fresh and most substantial and important aspect. At church the morning sermon was of the usual pattern; it was the same old things said in the same old way; they had heard them a thousand times and found them innocuous, next to meaningless, and easy to sleep under; but now it was different: the sermon seemed to bristle with accusations; it seemed aimed straight and specially at people who were concealing deadly sins. After church they got away from the mob of congratulators as soon as they could, and hurried homeward, chilled to the bone at they did not know what- -vague, shadowy, indefinite fears. And by chance they caught a glimpse of Mr. Burgess as he turned a corner. He paid no attention to their nod of recognition! He hadn’t seen it; but they did not know

Richards sacó una carta y la leyó. Era de Burgess.

—«Usted me salvó en una época difícil. Yo le salvé anoche. Fue a costa de una mentira, pero hice el sacrificio gustosamente y con un corazón agradecido. Nadie sabe, en esta ciudad, cuán valiente, bueno y noble es usted. En el fondo usted no puede respetarme sabiendo de qué se me acusa y por qué me condena el consenso público, pero le ruego que crea, al menos, que soy un hombre agradecido. Eso me ayudará a sobrellevar mi carga. (Firmado)BURGESS.

—Salvado nuevamente. ¡Y en qué condiciones! — Richards tiró la carta al fuego.—Ojalá me hubiese muerto, Mary. Ojalá no tuviese que ver con todo esto...

—Oh... Estamos viviendo días amargos, Eduardo. Días muy amargos. ¡Las puñaladas, a causa de su misma generosidad, son tan profundas, y se suceden tan rápidamente!

—Tres días antes de las elecciones cada uno de los dos mil electores se encontró repentinamente en posesión de un valioso recuerdo: una de las famosas falsas monedas de oro de veinte dólares. Sobre su anverso, estaban estampadas las palabras «LA OBSERVACION QUE LE HICE AL POBRE FORASTERO FUE...» Y sobre el reverso: —[78]«VAYA Y REFORMESE (FIRMADO) PINKERTON». De modo que todos los desperdicios sobrantes de la difundida broma fueron vaciados sobre una sola cabeza, con catastrófico efecto. Aquello resucitó la abundante risa reciente y la concentró en Pinkerton: y la elección de Harkness fue un paseo.

En las primeras veinticuatro horas de recibidos sus cheques, las conciencias de los Richards se apaciguaron poco a poco, abatidas; la anciana pareja estaba aprendiendo a reconciliarse con el pecado cometido. Pero también debían aprender ahora, que un pecado cobra nuevos y reales contornos de terror cuando parece probable que le descubran. Esto le da un aspecto nuevo y más concreto e importante. En la iglesia el sermón matinal era del tipo corriente: se trataba de las mismas cosas de siempre, dichas en la forma de costumbre y ellos las habían oído mil veces y las encontraban inocuas, casi sin sentido y adecuadas para dormir cuando se decían. Pero ahora aquello parecía distinto: el sermón semejaba estar erizado de acusaciones y se hubiera dicho que apuntaba directa y especialmente contra la gente que ocultaba pecados mortales. Al salir de la iglesia los Richards se alejaron lo más pronto posible de la multitud que les felicitaba y se dieron prisa en volver a casa, helados por no se sabe qué, por unos temores vagos, sombríos, indefinidos. Y dio la casualidad que vieran fugazmente al señor Burgess al doblar éste una esquina. ¡El reverendo no prestó atención a su saludo! No los había visto, pero ellos lo ignoraban.

that. What could his conduct mean? It might mean— it might— mean—oh, a dozen dreadful things. Was it possible that he knew that Richards could have cleared him of guilt in that bygone time, and had been silently waiting for a chance to even up accounts? At home, in their distress they got to imagining that their servant might have been in the next room listening when Richards revealed the secret to his wife that he knew of Burgess's innocence; next Richards began to imagine that he had heard the *swish* of a gown in there at that time; next, he was sure he HAD heard it. They would call Sarah in, on a pretext, and watch her face; if she had been betraying them to Mr. Burgess, it would show in her manner. They asked her some questions—questions which were so random and incoherent and seemingly purposeless that the girl felt sure that the old people's minds had been affected by their sudden good fortune; the sharp and watchful gaze which they bent upon her frightened her, and that completed the business. She blushed, she became nervous and confused, and to the old people these were plain signs of guilt—guilt of some fearful sort or other—without doubt she was a spy and a traitor. When they were alone again they began to piece many unrelated things together and get horrible results out of the combination. When things had got about to the worst Richards was delivered of a sudden gasp and his wife asked:

“Oh, what is it?—what is it?”

“The note—Burgess's note! Its language was sarcastic, I see it now.” He quoted: “‘At bottom you cannot respect me, KNOWING, as you do, of THAT MATTER OF which I am accused’—oh, it is perfectly plain, now, God help me! He knows that I know! You see the ingenuity of the phrasing. It was a trap—and like a fool, I walked into it. And Mary—!”

“Oh, it is dreadful—I know what you are going to say—he didn't return your transcript of the pretended test-remark.”

“No—kept it to destroy us with. Mary, he has exposed us to some already. I know it—I know it well. I saw it in a dozen faces after church. Ah, he wouldn't answer our nod of recognition—he knew what he had been doing!”

In the night the doctor was called. The news went around in the morning that the old couple were rather seriously ill—prostrated by the exhausting excitement growing out of their great windfall, the congratulations, and the late hours, the doctor said. The town was sincerely distressed; for these old people were about all it had left to be proud of, now.

¿Qué podía significar la conducta de Burgess? Podía significar... podía significar... ¡Oh! Una docena de cosas terribles. ¿Sabría Burgess que Richards podía haber probado su inocencia en otros tiempos y habría estado esperando silenciosamente la oportunidad de ajustar cuentas? Ya en casa, llenos de congoja, se dieron a imaginar que su criada quizá hubiese escuchado en el cuarto contiguo al revelar Richards a su esposa que sabía la inocencia de Burgess. Luego Richards empezó a creer que había oído crujir un vestido en aquel cuarto y, finalmente, tuvo la convicción de haberlo oído. Resolvieron llamar a Sara, con un pretexto; si les había delatado al señor Burgess lo revelaría en su aire. Le formularon varias preguntas, preguntas tan fortuitas e incoherentes y aparentemente carentes de sentido, que la muchacha tuvo la certeza de que los cerebros de ambos ancianos habían sido afectados por su súbita buena suerte; el modo de mirar penetrante y escudriñador de sus patrones la asustó, y esto remató el asunto. Sara se sonrojó, se puso nerviosa y confusa y para los ancianos éstas fueron claras señales de culpabilidad —de culpabilidad de tal o cual terrible especie— y concluyeron que, sin duda, Sara era una espía y una traidora. Cuando volvieron a quedarse solos comenzaron a relacionar muchas cosas inconexas, y los resultados de la combinación fueron terribles. Cuando las cosas hubieron llegado a asumir el más grave cariz, Richards exhaló un repentino suspiro y su esposa preguntó:

—¡Oh! ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—¡La carta! ¡La carta de Burgess! Su lenguaje, ahora lo advierto, era sarcástico.

—Y citó una frase:

—«En el fondo, usted no puede respetarme, *sabiendo*, [80] como sabe, *ese asunto*, de que se me acusa».

—Y Richards agregó:

—¡Oh, esto es perfectamente claro! ¡Dios mío! ¡Burgess sabe que yo sé! Ya ves la ingeniosidad de la frase. Era una celada... y yo, caí en ella como un tonto. Y además, Mary...

—Ah... ¡Es espantoso! ¡Se que vas a decir...! Burgess no devolvió tu misiva con la pretendida observación-prueba.

45

—No; la conservó para destruirnos con ella. Mary, ya ha revelado nuestro secreto a algunos. Lo sé... Lo sé muy bien. ¡Lo he visto en una docena de rostros a la salida de la iglesia! ¡Ah! ¡Burgess no quiso contestar a nuestro saludo! ¡Él sabía qué había estado haciendo!

50

—De noche llamaron al médico. Por la mañana se difundió la noticia de que la anciana pareja estaba enferma de cierta gravedad, postrada en cama debido a la agotadora excitación provocada por su gran racha de suerte, las felicitaciones y la última plegaria, en opinión del médico. La ciudad estaba sinceramente acongojada porque ahora la anciana pareja era casi lo único de que podía enorgullecerse.

Two days later the news was worse. The old couple were delirious, and were doing strange things. By witness of the nurses, Richards had exhibited cheques—for \$8,500? No—for an amazing sum—\$38,500! What could be the explanation of this gigantic piece of luck?

The following day the nurses had more news—and wonderful. They had concluded to hide the cheques, lest harm come to them; but when they searched they were gone from under the patient’s pillow—vanished away. The patient said:

“Let the pillow alone; what do you want?”

“We thought it best that the cheques—”

“You will never see them again—they are destroyed. They came from Satan. I saw the hell-brand on them, and I knew they were sent to betray me to sin.” Then he fell to **gabbling** strange and dreadful things which were not clearly understandable, and which the doctor admonished them to keep to themselves.

Richards was right; the cheques were never seen again.

A nurse must have talked in her sleep, for within two days the forbidden gabblings were the property of the town; and they were of a surprising sort. They seemed to indicate that Richards had been a **claimant** for the sack himself, and that Burgess had concealed that fact and then maliciously betrayed it.

Burgess was taxed with this and stoutly denied it. And he said it was not fair to attach weight to the chatter of a sick old man who was out of his mind. Still, suspicion was in the air, and there was much talk.

After a day or two it was reported that Mrs. Richards’s delirious deliveries were getting to be duplicates of her husband’s. Suspicion flamed up into conviction, now, and the town’s pride in the purity of its one undiscredited important citizen began to dim down and **flicker** toward extinction.

Six days passed, then came more news. The old couple were dying. Richards’s mind cleared in his latest hour, and he sent for Burgess. Burgess said:

“Let the room be cleared. I think he wishes to say something in privacy.”

—A los dos días las noticias fueron peores aún. La pareja deliraba y hacía cosas extrañas. Las enfermeras testimoniaron que Richards había exhibido cheques por valor de... ¿8.500 dólares? No... Por una suma sorprendente... ¡38.500 dólares! ¿Cuál podía ser la explicación de aquella suerte gigantesca?

—Al día siguiente las enfermeras tuvieron nuevas noticias, maravillosas, por cierto. Habían resuelto esconder los cheques, por temor a que sufrieran algún daño, pero cuando los buscaron habían desaparecido de debajo de la almohada de Richards. El anciano dijo:

—Dejen en paz a la almohada. ¿Qué quieren?

—Creímos preferible que los cheques...

—Ustedes nunca volverán a verlos... Han sido destruidos. Provenían de Satanás. Vi sobre ellos el sello del infierno y comprendí que me habían sido enviados para entregarme al pecado.

Luego Richards se puso a parlotear diciendo cosas extrañas y terribles que no podían comprenderse claramente y que el médico ordenó a las enfermeras no divulgaran.

Richards había dicho la verdad: los cheques no volvieron a aparecer.

Una de las enfermeras debió de hablar entre sueños, porque a los dos días la ciudad conocía las palabras prohibidas: y éstas eran de un carácter sorprendente. Parecían indicar que el propio Richards había sido reclamante de la talega y que Burgess había ocultado el hecho delatándole luego maliciosamente.

Burgess fue acusado por esto y lo negó resueltamente. Y dijo que era injusto asignar valor a la charla de un viejo enfermo que no estaba en sus cabales. Con todo la sospecha se cernía en la atmósfera y corrían muchas habladurías.

Después de un par de días se informó que las delirantes expresiones de la señora Richards se estaban convirtiendo en duplicados exactos de las palabras de su marido. La sospecha se acentuó, convirtiéndose en convicción, y el orgullo de la ciudad ante la pureza de su único ciudadano importante no desacreditado comenzó a empañarse y a **menguar** hasta extinguirse.

—Pasaron seis días y hubo nuevas noticias. La anciana pareja estaba moribunda. El espíritu de [82] Richards se despejó en sus últimos momentos y envió en busca de Burgess. Éste dijo:

—Que nos dejen solos. Richards quiere decirme algo en privado.

“No!” said Richards; “I want witnesses. I want you all to hear my confession, so that I may die a man, and not a dog. I was clean—artificially—like the rest; and like the rest I fell when temptation came. I signed a lie, and claimed the miserable sack. Mr. Burgess remembered that I had done him a service, and in gratitude (and ignorance) he suppressed my claim and saved me. You know the thing that was charged against Burgess years ago. My testimony, and mine alone, could have cleared him, and I was a coward and left him to suffer **disgrace**—”

“No—no—Mr. Richards, you—”

“My servant betrayed my secret to him—”

“No one has betrayed anything to me—”

- “And then he did a natural and justifiable thing; he repented of the saving kindness which he had done me, and he EXPOSED me—as I deserved—”

“Never!—I make oath—”

“Out of my heart I forgive him.”

Burgess's impassioned protestations fell upon deaf ears; the dying man passed away without knowing that once more he had done poor Burgess a wrong. The old wife died that night.

The last of the sacred Nineteen had fallen a prey to the fiendish sack; the town was **stripped [despojar]** of the last rag of its ancient glory. Its mourning was not showy, but it was deep.

By act of the Legislature—upon prayer and petition—Hadleyburg was allowed to change its name to (never mind what—I will not give it away), and leave one word out of the motto that for many generations had graced the town's official seal.

It is an honest town once more, and the man will have to rise early that catches it **napping** again.

—¡No! —dijo Richards—. Quiero testigos. Quiero que todos ustedes escuchen mi confesión, para poder morir como un hombre y no como un perro. Yo estaba limpio —artificialmente— como los demás; y como los demás caí cuando llegó la tentación. Firmé una mentira y reclamé esa miserable talega. El señor Burgess recordó que yo le había hecho un favor, y por gratitud (e ignorancia) suprimió mi carta y me salvó. Ustedes saben el cargo que fue formulado contra Burgess hace años. Mi testimonio —y sólo mi testimonio—pudo haberle liberado de culpa y cargo; y fui un cobarde y permití que quedase deshonrado...

—No... no, señor Richards... Usted...

—Mi criada le entregó mi secreto...

—Nadie me denunció nada...

—...y, entonces, Burgess hizo algo natural y explicable: se arrepintió de la salvadora bondad que tuviera conmigo y me dejó en *descubierto*... como merecía...

—¡Jamás! Yo juré...

—Le perdono de corazón.

Las apasionadas protestas de Burgess chocaron con oídos sordos; el moribundo pasó a mejor vida sin saber que, una vez más, había sido injusto con Burgess. Su vieja esposa murió por la noche.

El último de los sagrados diecinueve había sido víctima de la diabólica talega. La ciudad quedaba despojada del último jirón de su antigua gloria. Su duelo no fue llamativo, pero sí profundo.

Por disposición de la legislatura —accediendo a un ruego— se le permitió a Hadleyburg que cambiara su nombre por el de (no se preocupen, no diré cuál es) y que cambiara dos palabras del lema que, durante muchas generaciones adornara el sello oficial de la ciudad.

Ahora ha vuelto a ser una ciudad honrada y tendrá que madrugar el que quiera sorprenderla **dormida**.

